ALFAGUARA
SERIE ROJA

Esteban Valentino

Todos los soles mienten

ÍNDICE

PRIMERA PARTE 6

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 8
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 10
ÉL 12
FELIPE F 13
ÉL 19
ELLA 20
MARCELO M 21
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 26
ELLA 28
EDUARDO E 30
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 39
ÉL 41
ELLA 42
SILVIA S 43
ÉL 50
ELLA 51
EDUARDO E 52
ELLA 57
ÉL 58
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 59
ROGELIO R 61

SEGUNDA PARTE 62

EL SEÑOR ABELARDO A 65
ELLA 67
ÉL 68

SILVIA S 69
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 73
EL SEÑOR ABELARDO A 75
SUSANA S 77
ELLA 83
ÉL 84
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 85
ROGELIO R 86
MARCELO M 89
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 92
MARCELO M 94
ELLA 99
ÉL 100
EDUARDO E 101

TERCERA PARTE 102

EDUARDO E 104
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 107
ROGELIO R 108
ELLA 111
ÉL 112
EL SEÑOR ABELARDO A 113
ELLA 118
ÉL 119
EDUARDO E 120
ELLA 126
ÉL 127
Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS 128
SUSANA S 129

TODOS LOS SOLES MIENTEN

Esteban Valentino

A mis padres
Martha y Alberto

“Hace falta tener caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella bailadora”.

F. Nietzsche
Así hablaba Zaratustra

PRIMERA PARTE

Estamos solos aquí, en este círculo que inventamos con nuestros cuerpos, mirándonos entre nosotros y ya casi ni podemos abrir la boca. Pero estamos. Tal vez esto sea lo mejor que hicimos. Cuando nadie está, cuando nadie quiere jugarle una ficha al porvenir, nosotros somos testarudos y estamos. Dirán que por poco tiempo. Tienen razón. Dirán que inútilmente. También tienen razón. Pero estamos. ¡Y es tan difícil estar en estos días en que todo el mundo desaparece detrás de la muerte! O detrás de la vergüenza, que es lo mismo.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—¡El Sputnik, el Sputnik! —gritaba Rogelio R como un loco, señalando un punto que según él se movía en el cielo de la noche llena de estrellas.

—¿Dónde, dónde? —preguntábamos más por seguirle la corriente a Rogelio R que porque estuviéramos convencidos de que algo se moviera arriba.

—¡Allá, vean, al lado de aquel quásar, entre el asteroide y la supernova! —insistía. Además de pesado era medio mentiroso porque quásares en esa época del año no se veían y asteroides jamás se distinguieron. La supernova sí era clarita pero también como para no verla, grandota, luminosa, prepotente. Lo que seguíamos sin ver era el Sputnik. Se lo dijimos.

—Ese no es el Sputnik.

—Entonces es el Voyager —reculaba Rogelio R con astucia. Claro, si ahora nosotros decíamos que lo veíamos, él nos saldría con que desde allí no se veían las letras y que si era el Voyager bien podía ser el Sputnik y nos quedaríamos sin respuesta. Pero no caímos en la trampa.

—Tampoco —le dijimos con toda la frialdad de la que éramos capaces.

—¡Es la Apolo. Seguro que es la Apolo! —Rogelio R a veces es fatigoso.

—¿Cuál de todas? —le preguntábamos. Eso lo hacía dudar siempre.

—Y… no sé… la 10. O la 9. ¡Esa, esa! Debe ser la 9.

—¿A esta hora? Vamos Rogelio R. Bueno, chicos, yo me voy a casa, ¿vienen? La Apolo 9… cómo no, sí claro. Y ahora resulta que somos tontos.

Y nos íbamos cada uno por su lado, dejándolo solo a Rogelio R, mirando al cielo, sin poder mostrarnos nunca las pruebas de los viejos satélites que decía ver. Al final pasaba siempre lo mismo. Me llamaba a casa para justificarse.

—Te juro que se movía, allí, al lado de la supernova.

—Era una estrella, Rogelio R. Una estrella común y corriente. Y no se movía.

—Bueno, tal vez vi mal.

—Seguramente, Rogelio R.

—En fin, será hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y me iba a dormir, sabiendo que hacía tiempo que los viejos satélites habían sido capturados por las fuerzas gravitatorias de los cuerpos celestes cada vez más numerosos y que hacía rato que habían sido destruidos por las respectivas atmósferas. Pensando en estas cosas tranquilizadoras me quedaba dormido.

En realidad, el primero en descubrir esta especie de manía de Rogelio R por los satélites en desuso fue el propio Rogelio R. Un día, en el fondo de casa, me agarró del brazo, me miró fijo y me dijo:

—¿Sabés qué me está pasando?

—No —le contesté.

—Estoy pensando a cada rato en la chatarra.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

El problema con Rogelio R no tenía que ver con los satélites sino con que nos cortaba un juego que antes nos divertía. Adivinar si un punto que caía en el cielo era una estrella en descomposición que emitía parte de su componente gaseoso al espacio, los restos de un cometa o alguna antigua chatarra mecánica no es cosa fácil. Pero desde que Rogelio R empezó a nombrar con los viejos nombres de satélites a cuanto punto se movía allá arriba, el juego se había ido desvirtuando y ya no nos gustaba.

Por esa época las galaxias más lejanas habían virado decididamente al azul, lo que nos daba la pauta de lo rápido que se estaba comprimiendo el Universo. A este paso no iba a pasar mucho tiempo antes que toda la materia estuviera encerrada en un punto fantásticamente denso, igual que al Principio. Nosotros no éramos ningunos idiotas. Sabíamos que eso significaba que la Tierra había desaparecido muchos millones de años antes.

Pero no teníamos miedo. Incluso, el viraje al azul de esas galaxias nos había servido para muchos juegos. La cosa era adivinar cuál estaba más intensamente azul ese día. El que ganaba se llevaba una porción extra de torta. Marcelo M era un genio en esto. Casi todos los días comía gratis. No habían pasado treinta segundos desde que habíamos empezado a jugar y ya se oía el grito de Marcelo M.

—¡Allá, a la derecha, aquella en espiral. Está mucho más azul que ayer!

Y era cierto. Teníamos que resignarnos y prepararle entre todos la porción que se había ganado.

Así pasábamos los días. Jugando con las cosas del cielo, comiendo, estudiando. Bah, haciendo las cosas que hacían todos los chicos de nuestra edad. Y sin embargo todos teníamos como un aire de tristeza. Había algo que no nos dejaba ser del todo felices. Podíamos no tener miedo de que la Tierra se estuviera apagando pero eso no nos quitaba la nostalgia de las horas que no tendríamos. Allí estaban las estrellas para jugar, nuestros padres que nos querían, amigos para pasar el rato, buena comida, pero hacía tiempo que habíamos dejado de hablar en futuro. Nunca decíamos "cuando sea grande". Y ahora que lo pienso, tal vez por eso Rogelio R empezó con ese asunto de los satélites. Puedo estar equivocado pero en una de esas Rogelio R quería ver en los trastos del pasado una posibilidad de mañana.

No sé, yo digo.

Y digo que, por esos días, estos eran nuestros sueños.

ÉL

El asunto más grave que teníamos para resolver era el frío. No solo el Universo se estaba comprimiendo, volviendo a su punto de origen. También el Sol se estaba debilitando rápidamente y en pleno verano, en cualquier parte del planeta, hacía un frío espantoso. Los casquetes polares ocupaban cada vez más terreno y ya no era extraño ver pasar desde las playas una caravana de témpanos rumbo al Ecuador.

El tema tenía que ver fundamentalmente con nosotros, los que éramos chicos o jóvenes, porque estábamos a un paso de convertirnos en la última generación de seres humanos. Bastantes líos teníamos ya con tener que controlar a las ratas, que nos llevaba buena parte del día.

Aprender, por ejemplo. ¿A quién le puede importar perderse sus buenas horas con la composición interna de los agujeros negros si mañana va a servir para maldita la cosa porque no va a haber ni composición interna, ni agujeros negros, ni Tierra, ni Universo, ni nada? Despreciables. Así nos sentíamos. Nadie nos daba bolilla porque sabían que en ese punto nuestras razones eran incontestables. ¿No quieren estudiar? No estudien. Al fin da lo mismo quedar convertido en un cubito siendo un sabio o un imbécil. Entonces nos rebelábamos. Y agarrábamos los libros. Y las pantallas. Y leíamos sin parar.

Y después salíamos a matar ratas.

FELIPE F

Marcelo M estaba en su casa, viendo las tandas, cuando llamaron a la puerta.

—Vieja, ¿podés abrir?

—¡Estoy con la ropa!

—Mariano M, abrí la puerta que llaman.

—¡Estoy estudiando!

“¡Me cago en el mundo!”, se dijo Marcelo M mientras se levantaba con esfuerzo del sillón. “Siempre termino haciendo yo de portero”.

Abrió. Sonriendo como siempre, del lado de afuera, lo esperaba Felipe F.

—Hola, Marcelo M. Vine a buscarte para la reunión. ¿Te acordaste, no?

—Sí, hombre, pero todavía falta un montón. Entrá, están pasando la tanda de higiene.

—Yo no me pierdo nunca la de ropa. Hoy pasaron una campera hecha como para inmortales. Jamás se rompe ni se gasta.

—Ah, bárbara. Justo para nosotros, ¿eh?

—Bueno, viejo. Si todas las cosas vamos a tomarlas así.

—Está bien. No quise matarte el entusiasmo. Ahora dejame oír un poco que ya está por terminar.

La tanda de higiene tenía un espacio dedicado exclusivamente a las ratas. “Ocho horas continuas de calma. Las

adormece, las tranquiliza. Al alcance de la mano un largo período para apalear sin riesgos”.

—¡Ocho horas! —casi gritó Felipe F—. Son dos horas más que el anterior. No es mala idea, ¿eh?

—Sí, así debe ser también de caro.

La voz hablaba de un cambio en la tanda. “La próxima hora, artículos de sexo”.

—Vamos —dijo Marcelo M—. Dan siempre los mismos y ya está por empezar la reunión.

—Vamos —contestó Felipe F—. No quiero llegar tarde otra vez. Además tenemos que apurarnos. Yo al menos tengo que ocuparme de las ratas de mi zona.

—Ah, ¿y nosotros no? Que yo sepa, en el grupo no hay ningún privilegiado. ¡Mamá, salgo!

Afuera hacía el frío de siempre y un poco más. Desde que se había verificado sin dudas el tema del enfriamiento progresivo, todos los días parecía bajar alguna línea el termómetro. Pero todavía era soportable. Ahora, en el cielo siempre claro, el Sol era más una intuición que una presencia. Marcelo M y Felipe F lo miraron, como siempre, con rabia.

—Estuvo millones de años allí —se quejó Marcelo M— y tenemos que ser nosotros los que estemos aquí para ver cómo se apaga.

—Bueno, algunos tenían que ser los últimos, ¿no?

Felipe F tenía un optimismo que no aceptaba ni una tímida mancha. Pero reducirlo a un bienhumorado irredento era cometer una injusticia con él. Cuando se enteró de que su generación no

vería a sus hijos corriendo de aquí para allá y molestando todo el tiempo como ellos mismos habían hecho con sus padres, se encerró en su habitación y dejó que pasaran los días para que la tristeza se hiciera parte indivisible de él. Al fin, después de su alejamiento voluntario del mundo, se dio cuenta de que, del mismo modo que tenía un hígado, ahora tenía una pena. Curiosamente, esta certeza le sirvió a Felipe F para volver más fortalecido a la gente, a su familia, a sus amigos. Sabía, y ese saber le regalaba cierto escudo contra la melancolía. Desde ese día resolvió que si ellos iban a ser los últimos tenían una obligación: ser los mejores Marcelo M lo miró con una mezcla de admiración, envidia y afecto.

—Bueno, vamos —pudo decir.

Y empezaron a caminar hacia el punto de reunión. Los demás ya estarían allí, esperando, sentados alrededor de la Piedra.

***

—Esto sí que jamás podré entenderlo—. Javier J, cada vez que miraba la Piedra pensaba en un altar milagroso que les había sido concedido en lugar del futuro. En realidad, la duda de Javier J era compartida por todos, solo que muchos preferían pensar en términos más condicionales. Si estaba allí la Piedra era por algo. Y si ellos la habían descubierto también sería por alguna razón. Todo lo que había que hacer era resolver esas dos pequeñas ecuaciones. Eduardo E, uno de los que participaba de esa línea de pensamiento, abrió la sesión.

—Creo que conviene que sigamos con lo que estábamos discutiendo la reunión pasada. Ya sabemos que una rebelión nuestra no tiene sentido. Aun en el caso de que triunfáramos, no ganaríamos nada. El principal enemigo es el Universo y enojarnos

con él es una chiquilinada. Podríamos hacer nuestros últimos momentos más divertidos prohibiendo, por ejemplo, la obligación de ocuparnos de las ratas pero un plan así es indigno de nosotros. Ahora bien, tenemos la Piedra. Y somos los únicos que sabemos dónde está. Me parece que hay que hacer valer esa carta de alguna manera.

—Había un grupo —tomó la palabra Sixto S— que estaba encargado de averiguar por qué la Piedra da tanto calor y si existen otros lugares así en el mundo. ¿Se sabe algo de esas cosas?

Eduardo E volvió a hablar.

—Yo hablé con varios amigos en otras ciudades. Me aseguraron que ellos no tienen nada parecido y que además hace cada vez más frío. Eso no pasa con la Piedra. Hace seis meses este lugar estaba veinte grados más caliente que mi casa. Hoy está veintitrés. Mi casa está más fría pero la Piedra no.

—El porqué de esto es difícil explicarlo —interrumpió Marcelo M—. No podemos ir a ver a un científico y preguntarle así nomás por qué hay en el mundo un lugar de doce metros cuadrados que no se está enfriando. Podrían sospechar y perderíamos todo. Acuérdense que lo que tiene que ver con calefacción está prohibido.

—¿Pero entonces —preguntó Silvia S—, si no lo podemos informar y tampoco va a evitar que nos congelemos con el resto, para qué nos sirve?

—Para eso estamos hablando —respondió Eduardo E de mal modo. Marcelo M no quería saber nada de discusiones ese día y paró todo antes que empezara.

—Tampoco sabemos cómo se va a comportar la Piedra cuando la cosa allá afuera empeore, Silvia S. Si mantiene el calor de ahora, esta cueva podría servirnos. No sé. Aunque sea para ver cómo se apaga el Sol.

Felipe F había permanecido callado mientras los demás hablaban. Pero de pronto sintió que tenía que hacerse oír.

—Un legado —dijo.

—¿Cómo?, ¿qué? —preguntaron varios. Marcelo M lo miraba y sonreía.

—Eso, un legado —continuó—. Silvia S tiene razón. ¿De qué nos sirve una cosa que no podemos comunicar ni usar en nuestro provecho? Ustedes no entienden. ¿Para qué puede ser necesario un pequeño punto de calor en una Tierra que se congela? Solo para una cosa. Nadie sabe muy bien qué va a pasar después que el hielo invada todo. Tal vez llegue un momento en que se retire, tal vez no. No lo sabemos. Pero sí sabemos que tenemos un lugar que puede decirle al futuro cómo éramos, si es que hay algún futuro. Nosotros tenemos una certeza: vamos a ser los últimos hijos. Y yo digo: quién sabe. Usemos este lugar para guardar lo mejor de lo que fuimos y que el tiempo diga lo demás.

—Pero Felipe F —intervino Rogelio R—, si queremos que algo perdure no hay nada mejor que el frío. Enterramos algo en la nieve y allí seguirá estando si alguna vez hay alguien para descubrirlo.

—No, Rogelio R —contestó Felipe F—. Hay una cosa que el frío no conserva y que este calor sí.

—¿Cuál? —preguntaron todos, menos Marcelo M que ahora tenía los ojos clavados en el piso. Felipe F miró a cada uno de sus

amigos, como preguntándose si estaban preparados para oír su respuesta. Y pensó que sí, que si ellos habían encontrado la Piedra era porque Ella, de alguna manera, los había elegido. Y él no era quién para ir contra las decisiones de la Piedra. Miró al techo de la caverna buscando más señales que confirmaran su intuición y al fin habló.

—La vida —dijo.

ÉL

Ya pasaron varios días de la reunión y todavía estoy helado, como los días que estamos viviendo. Cuando Felipe F dijo lo que dijo miré a la Piedra y sentí furia por haberla encontrado. Pero en seguida supe que sabíamos. Sí. Supe que sabíamos. Todos, en estas horas, sabemos que sabemos. La Piedra está allí, nosotros acá y nos necesitamos.

Recuerdo cuando salió la ley que obligaba a los chicos de catorce a dieciocho años a dedicarle cuatro horas por día a combatir a las ratas. Entonces me pareció mal porque me quitaba tiempo. Hoy sé que además es injusto. El de las ratas es casi el único riesgo que hay y tenemos que enfrentarlo nosotros, que no tenemos tiempo que perder sencillamente porque no tenemos tiempo. ¿A alguien le importó? A nadie. Y desde ese día andamos de aquí para allá corriendo a las ratas con los productos que nos dan para que los demás puedan vivir tranquilos. Pero pudimos vengarnos. De alguna manera pudimos vengarnos. Porque fue persiguiendo a una rata que nos metimos sin querer en la caverna y encontramos la Piedra.

Ahora quizá no seremos los condenados. Quizá sí, pero quizá no. Es la primera vez que digo quizás en mi vida. Y me gusta.

ELLA

El mundo se nos está acabando y nos está robando el futuro porque el Sol se muere de a poco. Hace rato que prohibieron usar la calefacción porque ya no sirve para nada, con un Sol que se va yendo, y nos dejaron solo cuatro minutos diarios por familia de agua caliente. Entonces nos quedaron los abrigos. Y no están mal. En general no están mal. El único problema es que son un poco incómodos cuando tenemos que correr a las ratas. Pero no es eso lo que me da rabia. Si la calefacción no sirve, no sirve y punto. Si los abrigos son incómodos, son incómodos. A mí me da rabia, o tristeza, o una mezcla de las dos haber sido elegida para tantas cosas. El Sol decidió ubicarse en su punto crítico de enfriamiento cuando yo dejaba de ser niña, la ley sobre las ratas apareció cuando yo tenía quince años y la Piedra me ordenó descubrirla una tarde, cuando hacía mi trabajo de perseguidora. ¿Y yo? ¿No puedo decirle al Sol que sus rayos me importan exactamente lo mismo que las ratas que acorralo, a las ratas que bien podrían ocupar la ciudad si de mí dependiera y a la Piedra que haga con su calor egoísta de doce metros cuadrados lo que más le guste? ¿Qué tengo que ver yo con el Universo? ¿Nunca voy a poder decirle que se contraiga todo lo que quiera pero que a mí me deje en paz? Y entonces creo que sí. Que podría decirles a las cosas que resolvieron mi presente y mi futuro todo eso. Pero me hace falta tiempo.

Y tiempo es lo que menos tengo.

MARCELO M

Cuando se fueron todos, Eduardo E se sentó en uno de los bordes de la caverna y empezó a tirar piedritas al piso. Marcelo M también se había quedado pero prefirió seguir parado viendo cómo su amigo le apuntaba cada vez más cerca a la Piedra.

—Querés romperla —le dijo con suavidad.

—¿Qué, eh? —Eduardo E pareció darse cuenta recién entonces de que no estaba solo—. Ah, eso. Tampoco me parece bien agarrársela con Ella. En realidad nadie tiene la culpa, como no sea el tiempo. ¿Pero qué le podés echar en cara?, ¿que transcurra? No. Además, si después de esta reunión tenemos algo parecido a un proyecto es gracias a la Piedra.

—Y a Felipe F —agregó Marcelo M.

—Sí. Y a Felipe F.

Eduardo E no dijo nada más. Siguió tirando piedritas y dejó que su mente volviera unas horas atrás, cuando Felipe F los puso de frente a su destino. La idea era sencilla y nada novedosa. El mundo de afuera de la caverna se congelaba rápidamente y pronto haría imposible toda forma de vida. Pero si sellaban la única entrada al Santuario de la Piedra, allí sería posible vivir hasta que el futuro dijera basta o les diera una nueva oportunidad. La comida y el agua, con los alimentos miniaturizados, no eran un problema. Con unas pocas cajas, varias personas podían subsistir durante siglos. El aire también se las arreglaría para llegar. Felipe F propuso que se eligiera a dos parejas y que se las encerrara cuando se diera la alarma final. Eduardo E no envidiaba el destino de los Cuatro —en realidad él podría ser uno de ellos—

encerrados en un porvenir de cuatro por tres por el resto del tiempo. Otra vez Marcelo M lo devolvió a su presente de piedritas.

—Te fuiste a otro planeta.

—No —por primera vez Eduardo E se permitió algo parecido a una sonrisa—. Ojalá pudiera. Esa es otra trampa del Universo. No nos dejó siquiera la posibilidad de otra casa.

—Estás un poco pesimista, Eduardo E.

—Puede ser. No todos podemos ser como Felipe F. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Ya se hizo tarde. Tengo que ir a mi sector a cazar ratas.

—Vamos. Yo también cazo hoy por ese lado.

Salieron otra vez al frío. Estaba anocheciendo cuando volvieron a encontrarse para iniciar la cacería. En los últimos años, los roedores se habían multiplicado de un modo sorprendente, como si las bajas temperaturas fueran un incentivo extra para su reproducción. En cierto momento fue necesario enfrentarlos y se dictó la ordenanza que tanto había molestado a los adolescentes. Algo así como un “joven, si tienes entre catorce y dieciocho años, las ratas te esperan”. Se inventaron una serie de artículos para hacer más sencilla la tarea y se mandó a la calle a un ejército de muchachos para batallar contra esa marea gris que inundaba las ciudades. Al principio la guerra había sido muy desigual y no fueron pocos los jóvenes humanos que terminaron sepultados bajo una montaña de pelos, uñas y dientes agresores. Pero con el tiempo los chicos habían ido ganando en pericia y el número de animales empezó a descender lentamente. En los últimos cuatro meses no se había producido ninguna muerte humana. Los

nuevos productos simplificaban bastante el trabajo. Los rocíos para adormecerlas y atontarlas permitían moverse con algún grado de seguridad. El resto quedaba para los recolectores, que iban cargando los cadáveres y se los llevaban a lugares especialmente diseñados para su incineración.

Marcelo M y Eduardo E se ubicaron en el centro de su sector y empezaron a rociar con sus fumigadores portátiles. Ahora era cuestión de tiempo. En no más de quince minutos la calle se llenaría de torpes sombras grises que eran una invitación al apaleo. Cuando las primeras cabezas asomaron necesitaron de una sola mirada para entenderse. El que cazara menos, el más lento en el garrote, invitaría al otro a comer. “Sea”, se dijo Eduardo E. “Empezamos”, pensó Marcelo M. No hubo tiempo para ninguna otra reflexión. Tontas y todo, las ratas exigían pensar solo en ellas si no se quería acabar, con suerte, con un tobillo desgarrado.

El primer golpe certero fue de Marcelo M, que aplastó a un macho enorme y poderoso, sin mucha prolijidad pero con eficacia. El animal debió haber sido un líder porque los que venían detrás olfateaban el cadáver y se quedaban quietos como preguntándose qué debían hacer ahora. Esto le permitió a Marcelo M tomar rápidas ventajas sobre Eduardo E, que tenía una cacería normal. Al cabo de tres horas de bajar y subir el palo, Marcelo M había batido el récord del sector con cuatrocientos setenta y siete aciertos. Su rival del día no había superado la media habitual después de acabar con doscientos diecinueve roedores.

—Deberías pagarme la comida de un mes, Eduardo E. Esto no fue una apuesta ganada. Fue una falta de respeto.

—Tuviste suerte con ese primer golpe, cuando mataste a la grandota que salió primero. Las demás se dejaron aplastar después que se quedaron sin jefe.

En el bar volvieron a hablar de la idea de Felipe F.

—Aun cuando podamos llevarla a cabo —dijo Eduardo E— no va a ser nada fácil elegir a los cuatro que van a tener una chance más de seguir respirando.

—Y de seguir haciendo el amor. Pensá que mucho más para hacer no habrá y además va a ser una especie de obligación.

—Y ni siquiera va a ser posible enamorarse.

Marcelo M se dio cuenta de que no estaban hablando en broma y que solo allí, en la mesa de ese bar, empezaban a venírsele encima todas las dificultades que iban a tener para poner a cuatro de ellos en la cápsula al porvenir que estaban inventando. De golpe miró su comida y le faltó otra respuesta.

—¿Y con la mierda y el pis qué hacemos?

Eduardo E lo miró sin entender.

—Con la caca y el pis, ¿dónde los van a meter durante años y años, tal vez durante siglos?

—¡Y yo qué sé! —Eduardo E no estaba en su mejor día para despejar incógnitas—. ¡Mirá lo que me preguntás! ¿Por qué no lo consultás con tu amigo el optimista, que tuvo la idea?

Marcelo M no volvió a abrir la boca pero pensó que a veces del casamiento del enojo con la impotencia nacen buenas ideas.

***

—Química —dijo Felipe F.

Y repitió, como una sentencia:

—Es un problema de química.

Marcelo M sabía que en esos trances de sabiduría a Felipe F había que dejarlo hablar. Ya entendería qué cuernos quería decir con eso de “química”.

—Por supuesto que es un tema que hay que resolver —continuó Felipe F—. Y si no se pudiera, todo el proyecto se iría al diablo. Pero felizmente la tecnología sirve para algo. Los nuevos sólidos degradantes casi no ocupan espacio, duran años y van a permitir cavar un pozo que no se llenará nunca y que estará permanentemente limpio. No, la mierda no va a ser un impedimento. Pero hay otros. Y con ellos la química no puede hacer nada.

—¿Cuáles? —quiso saber Marcelo M.

—La soledad, la tristeza, el miedo. Contra eso todavía no se inventó ningún sólido degradante.

Cuando, ya bastante tarde, Marcelo M se fue para su casa, iba pensando en la tontería de la humanidad, que había descubierto la manera de eliminar los residuos del cuerpo con tanta exactitud y que todavía tartamudeaba cuando un chico gritaba en su cama que tenía terror de dormir solo.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—¿Nadie lo vio a Rogelio R? —preguntó Marcelo M una tarde.

—No —dijimos—. Hace horas que no viene por aquí.

Pero la frase no supo adivinar el futuro inmediato. Por el camino del río, Rogelio R avanzaba hacia nosotros rengueando de la pierna izquierda. Llegó hasta donde estábamos y se sentó silbando una vieja balada de amor.

—¿Qué te pasó en la pierna? —quiso saber Javier J.

—Un meteorito. Soy el descuidado de siempre. Y mirá que lo vi venir, ¿eh? Pero de pavote me quedé cerca para verlo caer y terminó lastimándome la rodilla con una esquirla. Una tontería.

El Rogelio R de toda la vida. Además de fantasioso, imprudente. Porque es cierto que en los últimos años, con el debilitamiento de la atmósfera, los meteoritos llegaban por docenas y bastaba estar un poco atento para apreciar la caída de todos los que uno quisiera. Pero evaluar la curva de descenso de acuerdo a un cálculo aproximado de la velocidad y del ángulo de ingreso a la atmósfera era juego de niños. Hasta mentalmente se podía hacer en segundos. Así que no correr riesgos tontos era sencillo. Uno veía al meteorito. Por el tamaño ya sabía qué tan rápido venía. Se le agregaba el ángulo de entrada, se sacaba la parábola y ya podía decirse en qué lugar del piso haría un buen hoyo. A cien metros del lugar se tenía un punto de observación privilegiado y sin peligro. Las esquirlas volaban para todos lados pero nunca llegaban tan lejos.

—¿A cuánto te pusiste? —le pregunté.

—A treinta metros —respondió Rogelio R con una mueca de picardía.

Ahí está. Un disparate. Si se quedó tan cerca la sacó barata con solo un golpe en la rodilla. La pura vibración de la tierra pudo haberlo matado. Lo retamos un poco, alguien más le reprochó su falta de cuidado y pronto dejamos de discutir sobre el tema. Susana S le agregó, sin embargo, un costado poético.

—¿Ustedes vieron lo hermosos que se ponen los meteoritos cuando chocan con las capas más altas de la atmósfera, con ese fuego que se les pega?

Pero yo no pensaba exactamente en eso. Pensaba en Susana S y se me ocurrió que cuando la miro me pasa más o menos lo mismo que a los meteoritos.

Me incendio por todos lados.

ELLA

Faltan muchas cosas. Todavía faltan muchas cosas, demasiados detalles. Yo no había pensado en eso de la caca hasta que Marcelo M me lo contó. Y bueno, sí. Es feo pero del asunto hay que hablar. Y también de lo otro. Porque somos pocas las mujeres del grupo y tal vez me toque a mí ser una de las elegidas. Así que me parece que tenemos que discutirlo. Todavía no hablé nada con mis padres sobre el proyecto. En realidad tampoco saben que existe la Piedra o el Santuario. Pero no es extraño. No le queda mucho tiempo al mundo y tampoco a los que estamos en él, así que por lo general la gente se ocupa de sus propias cosas. Y los padres —eso lo sé desde hace bastante— son gente. No es que los míos sean especialmente descuidados conmigo. Para nada. Me compran los últimos accesorios para cazar ratas, me preguntan cómo me va, pero si yo no les hago algún comentario rara vez van más allá. Hace unos meses, cuando cumplí quince años, se me ocurrió que si el planeta se está acabando va a haber un montón de cosas que no voy a conocer. Ser madre, por ejemplo. O ganar mi dinero trabajando. Tampoco sé todavía qué se siente al hacer el amor. He tenido novios, claro. Pero nunca tuve la necesidad de acostarme con alguno de ellos hasta que descubrimos la Piedra y Felipe F dijo lo que dijo. Ahora mi urgencia tiene que ver con mi vida. Pero, ¿no tiene que ver con el amor también? ¿No me había dicho mamá, cuando cumplí diez años, que mi vida tendría que ver con mis decisiones y que la más importante de todas era enamorarse? ¿Por qué será que ahora que mi vida ya no tiene casi nada que ver con mis decisiones,

amor me parece una palabra más? Tengo miedo. Es fantástico pero tengo un miedo que no esperaba sentir a esta altura. Está bien llamado el lugar que ocupa la Piedra. No sé a quién se le ocurrió eso de Santuario pero es todo un acierto: hace milagros. Yo no temo congelarme. Hace rato que todos los de mi edad superamos esa estupidez infantil. Y sin embargo tengo miedo. Pero no a la muerte, que llegará cuando quiera llegar. No. Le tengo miedo a una pregunta. O mejor dicho, a una respuesta.

¿Qué va a pasar, cuando cierren la puerta, si yo estoy del lado de adentro?

EDUARDO E

El señor Abelardo A tenía las ideas claras y esto era lo mejor que se podía decir de él. Conoció a Eduardo E en una cafetería, cuando el termómetro rozó los 40 grados bajo cero y la gente no hablaba para no enfriarse el alma.

Eduardo E no sabía quién era el señor Abelardo A y no supo descubrirlo detrás de su exterior de bohemio arrepentido. Con poco más de cincuenta años, pelo todavía razonablemente negro, musculatura poco trabajada y eterna mirada de “vean lo que me ha hecho el mundo”, el metro ochenta del señor Abelardo A solo necesitó de un breve análisis para descubrir que detrás de Eduardo E había algo. Eso era todo lo que necesitaba para ponerse en acción. Ensayo y error. Ese era su credo de funcionario y hombre. ¿No se conseguía nada? Paciencia. Ya habría otras oportunidades. ¿Se sacaba algún beneficio? Estupendo. Para eso estaba el frío espacio que compartían el señor Abelardo A y los demás mortales. Así que se acercó hasta la mesa en la que Eduardo E terminaba su desayuno y fue directo al objetivo.

—¿Me puedo sentar? —preguntó—. No me gusta estar solo a la mañana.

Eduardo E lo miró y se encogió de hombros. Estaba con la mente puesta en la charla que había tenido con Susana S antes de salir de su casa y no le importó la presencia del intruso. “Pensar con alguien delante es mejor que pensar solo” se dijo, “la mirada choca enseguida con algo y hay menos cosas para distraerse”.

—Estás muy pensativo —oyó una voz lejana.

“Alguien me dice que estoy muy pensativo y tiene razón. Pienso en Susana S y también tiene razón. Todos tienen razón.

Este tipo que se me sentó adelante para que mi mirada no se pierda, Susana S y sus miedos, yo que estoy muy pensativo. Este lugar está lleno de gente que tiene razón.”

—Sí —se escuchó contestar—. Tengo algunos asuntos que resolver.

—¿Te puedo ayudar en algo? Tal vez alguna de las cosas que viví te sirva. Ah. Antes que nada. Me llamo Abelardo A. —Y extendió una mano amable que Eduardo E estrechó con alivio. La posibilidad de una desabrida charla de compromiso le atrajo infinitamente más que la idea de seguir buscándoles aristas a las dudas de Susana S.

—No, no puede ayudarme —contestó—. Pero quédese. A mí tampoco me gusta desayunar solo.

Así metió Eduardo E en su vida al señor Abelardo A. Sencillamente. Sacarlo de ella iba a ser bastante más complicado.

***

Eduardo E era, además de la voz más escuchada, el gran solitario del grupo. Nunca hablaba de su familia, nunca salía a divertirse. Comía en lugares caros porque sus padres eran gente poderosa en el nuevo orden que nació con el frío, pero jamás hizo valer el peso de esta fuerza. Con dieciséis años cumplidos hacía ya bastante que era el más veterano, el más consultado, tal vez hasta el más temido.

Esa mañana, luego de dejar al señor Abelardo A terminando su desayuno, dirigió todas sus dudas —en esos días su propio cuerpo era una de ellas— hacia el Santuario. Ya antes de llegar se dio cuenta de que no todo marchaba bien en la cueva. Las ramas que cubrían la entrada no estaban ordenadas como él las dejaba siempre. Eso podía querer decir solo una cosa: alguien

había entrado al lugar. Pero casi de inmediato descubrió su error. Ruidos adentro de la caverna le demostraron que ese alguien todavía estaba adentro. Apartó cuidadosamente las ramas y entró arrastrándose. El pelo largo y suavemente claro, la espalda vastamente conocida y muchas veces soñada lo convencieron de que si había algún peligro, no tenía que ver con su seguridad. Al menos no con su seguridad física. Susana S miraba la Piedra. Eduardo E se paró y se quedó apoyado contra la pared, sin molestarla. Pero no hizo falta tratar de evitarle el susto. Ella sabía que él la miraba.

—No me contestaste lo que te pregunté —dijo al aire.

Eduardo E no esperaba oír esa voz. No la reconoció. Cuando pudo hablar le pasó lo mismo con la suya.

—Es que no tengo respuesta. ¿Yo qué sé lo que vamos a sentir cuando sellemos la cueva, qué miedos nos van a nacer, qué envidias tendrán los que se queden afuera o los que se queden adentro? No sé, Susana S. No soy el dueño del futuro.

Ella se dio vuelta y lo miró. Eduardo E empezó a sentir en ese exacto instante todo lo que el tiempo le iba a quitar. Por la repetición infinita de esa mirada llena de lágrimas hubiera aceptado cometer desde ese momento hasta el día de su muerte las peores vilezas.

—No. Ya sé que no sos el dueño del futuro. Apenas quería saber si mis amigos comparten mi miedo.

—El miedo no se puede compartir, Susana S. Es como una gota de agua. Puede servir para saciar la sed de una persona pero si se divide termina siendo inútil para todos lo que tomen de ella. Yo puedo sentir un miedo parecido, pero no puedo ayudarte a cargar el tuyo.

—¿Qué querés decir, Eduardo E?

—Que estamos solos, Susana S. Que podemos ayudarnos para abrir las puertas si son muy pesadas pero que una vez adentro hay una única escoba para barrer y un único trapo para limpiar.

—O cuatro con la Piedra.

—No. Esos van a ser los que más solos estén.

Susana S iba a decir algo pero la cara agitada de Marcelo M, que apareció detrás, en el pasillo de la cueva, la paró en seco.

—Supuse que estaban aquí —alcanzó a decir con un jadeo—. Rogelio R…

—¿Qué pasó? —preguntó Eduardo E.

—Las ratas lo atacaron…

No hicieron falta más palabras. Los tres salieron corriendo pensando en un universo de dientes, un mundo de garras, un abismo de carne desgarrada.

***

Muy pocas veces Rogelio R cazaba por la mañana. En su sector casi nunca había emergencias por alguna súbita invasión de ratas y el trabajo se reducía generalmente a su costumbre vespertina. Había otros lugares de la ciudad en los que estas situaciones eran más comunes. Los chicos que cazaban allí casi nunca sabían con certeza cuándo iban a tener que ponerse la mochila y salir para su rutina de apaleo. Por alguna causa desconocida, las ratas preferían ciertas partes de la ciudad para sus ataques inesperados. Pero la zona de Rogelio R nunca había recibido una alarma fuera de horario. Por eso, cuando una llamada urgente lo sacó de la cama, Rogelio R pensó, antes que nada, en

lo afortunado que había sido hasta entonces. “Si esto se repitiera a cada rato no podría hacer nada”, se dijo. Tomó su mochila azul con vivos rojos y el dibujo de un ave, devoró el desayuno y buscó la calle.

Todavía no había amanecido del todo. Era ese momento del día que las sombras eligen para dominar al mundo, cuando no se sabe bien si una rama es el preludio de un monstruo o simplemente una rama. Rogelio R conocía bien esa hora. Los conjurados de la Piedra se juntaban a menudo antes de que saliera el Sol. Así que caminó entre los pocos árboles que todavía toleraban el frío, sabiendo que de ellos no vendría ninguna violencia. Cuando llegó al lugar de caza ya habían llegado otros muchachos, bastante más aletargados que él. “Muy temprano”, pensó. Un rápido análisis al sector le permitió hacerse de una segunda certeza. La emergencia era grave. Nadie había echado todavía ningún producto y las ratas cruzaban ya la calle con la calma de los que se saben poderosos. El coordinador trazó el parte de guerra.

—Bueno, así está la cosa. Normalmente tenemos que enfrentar unos trescientos bichos por cabeza. Siendo optimista, yo diría que hoy hay que multiplicar esa cifra por diez. Los atontadores nos van a ayudar mucho pero igual habrá que estar con veinte ojos. En aquella zona del callejón, sobre todo, parecen ser especialmente agresivas. Rogelio R, Bruno B y Leandro L van a ir para allá. Los demás ubíquense en sus lugares habituales. Ahora vamos a esperar que salga bien el Sol para evaluar con luz lo que tenemos. Pero no se sienten. No quiero ninguna cola mordida antes de empezar el trabajo.

El coordinador sabía lo que hacía y eso a Rogelio R siempre lo maravillaba. Tenía una admiración especial por todos aquellos

que, con su edad o apenas mayores, eran capaces de analizar un problema, desarmarlo, ver de qué estaba hecho y volver a armarlo sin equivocarse. No se sentó. Se quedó hablando con sus dos compañeros de batalla sobre los inconvenientes que traía ser bueno con el garrote.

—Es cierto —acordó Leandro L—. Si fuéramos unos inútiles no nos hubieran mandado al lugar más peligroso. Tendríamos que sentirnos orgullosos. ¿Alguna vez tuvieron que enfrentar a tres mil ratas? ¿Cómo será? Parecen muchas, ¿no?

—Son muchas —dijo Rogelio R—. Me parece que convendría que no nos separáramos. No me gustaría quedar rodeado y no tener quien me cubra las espaldas.

Finalmente el Sol alumbró lo suficiente como para ver. Y lo que se vio no fue muy alentador. Las ratas que habían ganado la calle se habían amontonado y ya formaban grupos compactos que se revolvían sobre ellos mismos. Pero la experiencia de los muchachos no los dejaba engañarse. Sabían que por cada una que andaba a la intemperie había cincuenta dando vueltas bajo tierra. Rogelio R y sus compañeros fueron hacia el callejón. Tenía razón el coordinador. Allí el asunto era peor. Los tres chicos iban a tener que vérselas con una alfombra gris. Cerca debía de estar el líder. Alguno de los machos adultos, enormes, que se apiñaban contra la pared del fondo. Cada uno tomó su puesto. El aire empezó a llenarse con los vapores del líquido atontador. Casi al instante las ratas empezaron a andar sin sentido, golpeándose entre ellas y buscando una salida donde solo había más ratas.

Era el momento de los garrotes. Los tres palos empezaron a subir y bajar sin pausa. El primer impulso sorprendió a los animales pero en seguida pudieron reagruparse e identificar de dónde venía el peligro. Aunque el atontador hacía su parte, la

enormidad de su número volvía a las ratas un riesgo para no despreciar. El principal temor de Rogelio R empezó de a poco a edificarse. Pronto se vieron rodeados y por cada palazo que caía aparecían cinco nuevos hocicos agresores. Sobre un costado del callejón, Leandro L fue el que recibió el primer mordisco.

—¡Rogelio R, mi pierna! —pudo gritar.

Rogelio R empezó a abrirse paso a puro atontador y garrote.

—¡Bruno B, ayudame con Leandro L!

Pero Bruno B no podía hacerle caso. También él había sido alcanzado por los dientes enemigos y trataba de llegar a la salida del callejón como podía. Rogelio R se dio cuenta entonces de que ante semejante cantidad la estrategia de siempre no había dado resultado. Pero no era momento de evaluar nada sino de salir de allí. Cuando sintió el desgarro en la pantorrilla pensó que no lo iba a lograr. Vio al macho gigante buscar el tobillo de Leandro L y casi por instinto hizo funcionar el garrote. Un nuevo dolor agudo, ahora en la otra pierna, le informó que estaba a punto de caer. Trató de volver a golpear pero un tercer pinchazo se lo impidió. Lo último que vio fueron los ojos de Leandro L que lo miraban con incredulidad. Cuando cayó de rodillas supo que estaba perdido, que él no sería uno de los Cuatro, que tal vez eso no fuera tan malo y qué lástima que Silvia S nunca se iba a enterar, que esos bigotes que se le pegaban ahora a la cara eran casi simpáticos y ay qué dolor pero sobre todo qué lástima porque ahora sí, ahora seguro que Silvia S jamás se enteraría.

Cuando Rogelio R abrió los ojos pensó que si lo primero que se veía al despertar era la cara de un amigo, la muerte no era un lugar tan malo. Porque Eduardo E le sonreía con todos los ojos y le apretaba la pierna por sobre lo que parecía ser una sábana. Y

porque, del otro lado de la cama, Marcelo M y Susana S se reían diciéndole que no, que no estaba muerto y que la Piedra y sobre todo Silvia S seguían siendo posibilidades.

—¿Pero qué pasó entonces? —pudo preguntar al fin—. Lo último que me acuerdo es que me caí al piso cerca de Leandro L después de haber golpeado a un gran macho que iba a morderlo.

Eduardo E se ocupó de la respuesta a las dudas del resucitado que se sentía Rogelio R.

—Bueno, en realidad no pasó una sola cosa. Estás aquí porque se sumaron varias. Primero, el macho que mataste era el líder y eso, más el atontador, las desorientó. Por un momento no supieron si seguir mordiendo o ir a ver a su jefe. Eso le dio un pequeño respiro a Leandro L y pudo acercarse para levantarte. Pero además Bruno B llegó a la salida del callejón y volvió con ayuda. Entre todos te sacaron y te trajeron al hospital. Algunas mordidas, pero nada serio. Mañana te vas.

La puerta de la habitación empezó a abrirse de a poco y a Rogelio R le pareció definitivamente bueno haberse escapado de las ratas, tener apenas algunas mordidas y volver mañana a su casa.

—Hola, Rogelio R —dijo Silvia S.

—Hola, Silvia S. Qué lindo que viniste.

Eduardo E, Marcelo M y Susana S entendieron que su visita había terminado, mascullaron algunas palabras inentendibles y se fueron. Rogelio R supo entonces que hubiera o no encierro con la Piedra el tiempo de ellos dos era corto y que había cosas que convenía no retrasar.

—Cuando me atacaron las ratas tuve miedo de que no te enteraras jamás de lo que me pasa cada vez que te veo. Fue lo último que pensé antes de desmayarme.

Silvia S lo miró un segundo antes de hablar:

—Rogelio R. Sos un tarado.

Los médicos que pasaban por el pasillo no entendían por qué salían tantas risas de esa pieza.

***

—Casi nos quedamos sin el irresponsable —dijo Marcelo M.

—Sí, casi —le respondió Eduardo E—. Pero algo está pasando. En ese lugar nunca hubo tantas ratas. Bah, en ninguna parte hubo nunca tantas. Las cosas se están acelerando. Tal vez convendría empezar a acumular microalimentos y sólidos degradantes en el Santuario. En la próxima reunión vamos a hablar fundamentalmente de eso.

—Pero los del gobierno no dicen que algo haya cambiado.

—Sí, no abren la boca. Pero eso no tiene que interesarnos. Cuando se dé la alarma final tenemos que estar con todo listo. Tres mil ratas por cada uno de nosotros son casi una invasión. No vamos a poder con ellas.

Eduardo E tenía razón. A la mañana siguiente se decretó que los jóvenes de hasta veinte años debían sumarse al combate contra la plaga. Y se anunció que la temperatura promedio del planeta había bajado dos grados más en el último mes.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—¡Arriba del Sol hay un tipo! —gritó Felipe F.

—¿Un tipo o una tipa? —preguntó Rogelio R.

—¿Y yo qué sé? —se quejó Felipe F—. Desde aquí se ve solamente el contorno. Tendría que usar un largavista.

Marcelo M no aguantó más.

—Ustedes son dos dementes. Eso que se ve es una tormenta solar. Una simple y cualunque tormenta solar. Y las tormentas solares no tienen sexo.

Pero fuera un tipo, una tipa o una tormenta solar, lo cierto es que era evidente que arriba del Sol había una cosa que ayer no habíamos visto. Tenía como dos brazos y eso podía darle la razón a Felipe F. Pero también era cierto que lo que parecía ser la cabeza era desproporcionadamente grande en relación con el supuesto cuerpo. Yo, la verdad, dudaba. Podía ser un cabezón. Pero no podía abandonar por completo la teoría de la tormenta. En el Sol esas cosas pasan a cada rato. Mónica M también tenía lo suyo para decir.

—¿Y si tratamos de hacerle señas a ver si nos responde? Si nos devuelve el gesto es una persona. Si se queda quieto es una tormenta.

—Ese plan no sirve, Mónica M —le contestó Marcelo M—. Las tormentas solares se mueven permanentemente y podríamos tomar algunos de estos movimientos como un saludo del tipo.

—Bueno, no discutamos por tonterías —interrumpió Eduardo E—. Al fin de cuentas no nos sirve para nada que alguien se haya ido a vivir al Sol.

Pero Felipe F le retrucó lo que pensábamos varios.

—Ahí te equivocás. Si realmente hay un tipo o una tipa parado arriba del Sol, puede decirnos cómo funciona. Hasta podría arreglarlo.

El argumento de Felipe F era irrefutable. Nos quedamos callados por un rato largo. Sentíamos que alguien debía reaccionar pero nadie se atrevía a ser el primero. Al final me cansé y tomé la posta. Me saqué mi remera anaranjada y empecé a hacerle señas a la manchita que se veía en el Sol. Al poco rato estábamos todo revoleando ropa hacia el cielo. Usando viejos códigos, mandamos un mensaje: "Si es posible, repare el Sol. No anda bien".

Después nos fuimos para casa. Pero no me pude sacar la duda. ¿Sería un tipo, una tipa, una tormenta solar? Aunque me calmaba saber que si era una persona, habría recibido nuestro pedido. Y tal vez, con un poco de suerte, en este momento estaría arreglando el Sol.

ÉL

Desde el accidente de Rogelio R hay una escena que me viene a cada rato a la cabeza, como una obsesión. Es así. Yo voy caminando y de golpe me agarra un fuerte dolor de estómago. Me aprieto con fuerza para ver si me alivio y ¡pum!, escupo una rata. Me aprieto fuerte otra vez y ¡pum!, otra rata. Entonces deja de dolerme la panza pero los animales apenas tocan el suelo se dan vuelta y me muestran los dientes. Yo voy corriendo a decirle a mi responsable de sector lo que me pasa y él me escucha tranquilamente, como si le estuviera contando que me quedé dormido. Me mira sin el menor estupor y al fin me dice:

—Es que es así. ¿Sabés por qué? Porque las ratas que escupimos nosotros son siempre las peores.

ELLA

Mi amor no necesita ni de mucho tiempo ni de mucho alimento. Le alcanza con el día de hoy, el de mañana y con saber que en el último instante, justo cuando caía, en un momento tan definitivo que no tenía ninguna necesidad de mentirse, me nombró.

SILVIA S

Cuando iba hacia el Santuario, Silvia S sintió por primera vez que le interesaba estar entre los Cuatro, que ella quería ser una de las dos que prolongaran el tiempo. El accidente de Rogelio R y lo que le dijo en el hospital le sirvió para darse cuenta de que adentro suyo había un alud de ganas, de que si ahora tenía pájaros en los ojos iba a tratar de crearles un nido, no una sepultura. Eduardo E le había dicho que esa reunión ante la Piedra era fundamental. Perfecto. Ahora que empezaba a tener varias cosas claras, las palabras que tenía para decir saldrían sin miedo. Descubrió que el amor la había cambiado y que la que ahora atravesaba la puerta del Santuario no quería que sus gaviotas murieran antes de volar. Adentro ya estaban todos los demás. Marcelo M fue el primero en hablar.

—Parece que las cosas nos están persiguiendo. Pensábamos que teníamos bastante tiempo para prepararnos pero lo que le pasó a Rogelio R y la cantidad de ratas que aparecieron en su sector demuestran que todo se está moviendo más rápido. El planeta se enfrió mucho en los últimos meses y esto nos obliga a actuar ya. Tenemos que empezar a acumular aquí sólidos degradantes, microalimentos, tenemos que cavar el pozo. Hay mucho por hacer para que los Cuatro tengan alguna oportunidad.

—¿Y la elección de los que se quedarán en la cueva, cuándo la vamos a hacer? —preguntó Silvia S.

—Cuando todo esté terminado. No tiene sentido crear problemas en el grupo ahora que tenemos que trabajar tanto.

—De todos modos —interrumpió Eduardo E— creo que hay otro asunto pendiente. A mí me parece que una multiplicación tan

increíble de las ratas en tan poco tiempo no tiene explicación lógica. Podríamos designar a algunos de nosotros para que traten de investigar qué hay detrás de este aumento.

—Pero, ¿cuál es tu hipótesis? —quiso saber Felipe F.

—Por ahora ninguna. Simplemente digo que me parece extraño que de golpe hayan aparecido tantas ratas en un lugar donde casi no había. Pienso que igual hay que hacer lo que decía Marcelo M. Prepararnos para que la alarma final nos encuentre listos. Pero investigar un poco no nos va a hacer mal. No sé. Algo no me huele bien.

—Sí, las montañas de mierda de rata que hay por todos lados —le retrucó Mónica M.

—Puede ser. Pero puede ser que no. Vayamos a mirar. No perdemos nada.

Silvia S empezó a resoplar como para que se dieran cuenta de que ella no estaba de acuerdo.

—Perdemos. No es tiempo lo que nos sobra. En lugar de jugar a los detectives podríamos concentrarnos en preparar el Santuario. Somos apenas doce.

—Es una cuestión de enfoque, Silvia S. Yo diría que somos nada menos que doce. Podemos hacer las dos cosas.

Doce. Silvia S recorrió a sus amigos con la mirada y sintió que estaba bien. Que ella quería estar con ellos. Que allí la rodeaban Sixto S, Javier J, Marcelo M, Eduardo E, Felipe F, Aurelio A, Bernardo B, Mónica M, Susana S, Graciela G y que en el hospital seguía Rogelio R y que ella quería estar con ellos. Doce. Se sentía bien. Pero no podían hacer las dos cosas.

—Entonces propongo que diez nos dediquemos a preparar el Santuario y uno solo trate de averiguar algo sobre el aumento en el número de ratas.

Eduardo E se dio cuenta de que meter las narices en la comisión que dirigía la lucha contra la plaga no le entusiasmaba a nadie. Decidió aceptar la propuesta de Silvia S antes que abandonar una tarea que a él le parecía importante.

—Bueno. No me parece mala idea. Y hagamos otra cosa. Yo voy a ir a la comisión. Y si en una semana no consigo algún resultado me reincorporo al grupo. De esta investigación me ocupo yo solo.

—Error — dijo una voz a sus espaldas—. Aquí nadie va solo a ningún lado. Yo te acompaño.

Ninguno necesitó darse vuelta para saber que Rogelio R había abandonado el hospital. La alegría, los abrazos, las lágrimas, suspendieron la reunión. Pero los muchachos entendían que hasta las pausas de los reencuentros tenían que acortarse. De todos modos, esa llegada simplificó las cosas. Diez trabajarían en acondicionar el Santuario y dos, Eduardo E y Rogelio R, se ocuparían del tema ratas. Eduardo E tenía una idea sobre por dónde empezar. En su bolsillo se arrugaba el número del señor Abelardo A.

***

Describir a Silvia S no es tarea compleja. Era una chica equivocada. No tendría que haber sido mujer. De haber cometido ese primer error, no tendría que haber tenido quince años. De tener quince años, no tendría que haber nacido en medio del frío. Y si aún persistía en los fallos, no tendría que haberse enamorado. Silvia S pensaba que los bebés eran el primer y principal error del

género humano, que el despropósito de su edad solo era comparable a su urgencia por dejarla atrás, que aunque su piel solo se había puesto en contacto con la nieve, los tenues acercamientos al calor que la era permitía le bastaban para darse cuenta de que ella estaba más cerca del fuego que del hielo y que, para colmo, Rogelio R. Pero no. Definir a Rogelio R como la cima de sus males era inexacto. Recordarlo le bastaba para suavizarle el gesto, normalmente bastante duro. Esa tarde, mientras se dirigía con Sixto S y Mónica M a la tienda de microalimentos, iba pensando en él, es decir, iba sonriendo. Todo ese interior estaba contenido en un cuerpo pequeño, lleno de sutilezas. Rogelio R, por ejemplo, no podía verla sin sentir una especie de estupor. Ni siquiera el pelo, demasiado fino, alcanzaba para eliminar la sensación de armonía que Silvia S le regalaba al mundo. Cuando llegaron al negocio, la sonrisa se le había instalado como para siempre en la cara.

—Bueno, aquí estamos —dijo Sixto S—. Compremos varias cajas en distintos lugares. Eduardo E no quiere que los comerciantes piensen que estamos acumulando microalimentos por algún motivo especial.

Mónica M era la encargada de los aspectos técnicos del tema.

—Con diez cajas grandes tenemos suficiente. Habrá comida durante unos quinientos años para veinte personas. En el Santuario nunca podrá haber más de diez, así que si esto del frío es solo pasajero y con el tiempo el Sol se recupera, los que sobrevivan van a tener alguna oportunidad. Llevemos dos cajas por negocio.

Dos cajas grandes de microalimentos para un solo comprador eran de todos modos una cantidad ridícula para el

tiempo que se suponía le quedaba a la Tierra. Pero el espíritu de sospecha se había deteriorado bastante con la falta de futuro y nadie hizo preguntas indiscretas. Solo el dependiente del lugar al que fue Silvia S intentó algún diálogo íntimo, pero eso ya no llamaba la atención en el grupo. Las diez cajas quedaron depositadas en un rincón de la cueva, esperando que llegara el día de sellar la entrada. Con los sólidos degradantes hubo menos precauciones porque una sola barra tenía una duración casi infinita, de modo que las seis que almacenaron parecían una cantidad excesiva para las necesidades de eliminación de residuos de los Cuatro o de los que fueran con el tiempo. Con el último tipo de acero repelente a la corrosión, Javier J y Aurelio A estaban fabricando la puerta que cerraría la caverna. Ya habían hecho pruebas y el aire —el gran temor de Felipe F— llegaba sin obstáculos al Santuario por caminos que ignoraban pero que no se habían bloqueado pese a la gran capa de hielo que cubría la ladera de la caverna. La puerta encajó perfectamente en la abertura y luego de una semana de trabajo el lugar quedó dispuesto para recibir a los elegidos para acompañar a la Piedra en el intento final por derrotar al Olvido.

***

Silvia S había llegado a su casa luego de la jornada dedicada a las ratas y la había encontrado, como casi siempre, vacía. No era extraño. Era hija única y sus padres hacían de la visita a cualquier lado el eje de sus últimos días. La lluvia tibia del baño que recorría su cuerpo —única actividad para la que se permitía calefacción— le recordaba que su piel era una presencia. Agotó hasta el último segundo de agua que le correspondía a su familia ese día. Muchas veces se había despertado con la sensación de ser una pura idea. Algo así como un mal sueño del que tarde o

temprano debería despertar. Pero ahora, hacía rato que había descubierto que la realidad existía, que ella misma existía y que su pesadilla privada podía tener algunos rincones de colores. Su cita de ese instante, por ejemplo. Estaba cambiándose cuando llamaron a la puerta. Abrió. Era Rogelio R, el rincón más colorido de su sueño. Cuando él cerró la puerta, ella imaginó que, por un segundo, no había nada más que ese pedazo de metal que los aislaba del terror de afuera. Que todo era una gran nada con una puerta que ahora se cerraba, con ellos de este lado, el mejor.

Rogelio R miró el nacimiento del cuello de Silvia S y sintió que estaba al borde de un abismo y que lo único que le interesaba era tirarse en él. El cuello se continuaba en los suaves pechos que la campera no se preocupaba en ocultar y Rogelio R pensó que aunque allí estuviera su final, él iría cantando. Sabían que esa primera vez podía ser también la última. Así que se habían citado asegurando que, al menos, tendrían mucho tiempo para dedicarlo a la inmortal tarea de descubrirse. Con cuidado se metieron en la bolsa térmica. Cuando cedió el primer botón de la blusa de Silvia S, ella miró a los ojos de él nada más que para asegurarle que el futuro podía tenderles todas las trampas que quisiera, pero que en ese momento era suya, genuinamente suya, y que esa habitación era también todo el continente que le interesaba y que la siguiente hora eran todos los años. Al fin, cuando los dos cuerpos solo tuvieron el deseo inmediato sobre ellos, Rogelio R empezó a llorar despacio, con todos sus músculos pero despacio, sin esfuerzo, como para que ella supiera que las lágrimas a veces también pueden ser un homenaje. Silvia S lo tomó con cuidado, le llevó la cabeza hacia su pecho y empezó a cantarle la misma tenue canción que le cantaba su padre. Él se dejó arrastrar por esas manos sabias y se abandonó al llanto. Al terminar se sintió limpio, preparado para su mejor entrega. Cuando él estuvo dentro de ella

y empezó a intentar con alguna ingenuidad sus primeros vaivenes, Silvia S los acompañó con su voz. Entonces, en la alta noche que era ya el mundo, solo se oyó el susurro de una muchacha que le entregaba su vida a su muchacho y que repetía como una campanada: “Somos eternos, a-mor, somos eter-nos, a-mor”.

ÉL

Ahora puedo quedarme afuera. Es decir, ahora puedo ser uno de los elegidos o no. Ahora puedo cerrar la puerta para que otros vivan y no sentir envidia, puedo mirar la rendija que se va cerrando lentamente y quedarme del lado del frío cantando. O puedo estar en el Santuario y saber que lo único que tendré por delante es la soledad. Ahora puedo acostarme sobre el piso helado y dejar que el tiempo se escape como si me sobrara. Puedo vivir el resto de mi vida con el solo recuerdo de ella. Ahora soy inmortal y ya no me importa morir.

ELLA

Ahora lo que menos quiero es morir.

EDUARDO E

Eduardo E y Rogelio R recorrían las últimas calles de la ciudad. Ninguno de los dos entendía por qué el señor Abelardo A había elegido un lugar tan alejado para reunirse. Eduardo E creía recordar que no había sugerido nada en su voz como para que el señor Abelardo A eligiera el misterio, pero iba pensando que si quería mantener en secreto el motivo de su investigación en el futuro —y otra vez esa maldita palabra— tendría que tener más cuidado al hacer sus preguntas. “Creo que soy más transparente de lo que pienso”, se dijo. “Susana S ya debe conocer hasta la última parte de mi hígado. Si hasta cuando le dije antes de salir que a mi regreso quería hablar con ella, me dijo que no hacía falta, que ella también, ¿tan evidente soy?”. Se sentaron en un bar que ni siquiera las ratas debían conocer y esperaron. La tarjeta del señor Abelardo A con su cargo escrito de Asesor de la Dirección de Abastecimientos jugaba entre los dedos de Eduardo E. Rogelio R miraba el papelito sin mucha convicción.

—¿Así que lo conociste en un bar al tipo este?

—Sí. Y ahora nos citó en otro. Parece que le gusta hablar tomando algo.

—¿Y te parece que nos puede servir? Lo viste una sola vez en tu vida.

—Sí, pero es el único funcionario al que puedo recurrir sin tener que hablar con mi padre. Sabés que no me gusta pedirle nada. Además, es un punto de partida como cualquier otro.

—Un punto de partida algo peligroso, me parece. No hay manera de hablarle del aumento de las ratas sin sugerirle que algo

estamos ocultando. Si es un tipo desconfiado, podríamos tener problemas con el Santuario.

—Puede ser. Esperemos entonces que sea un crédulo.

No pudieron seguir hablando. El señor Abelardo A se acercaba sonriendo a la mesa con las manos en los bolsillos de su campera. Sin sentarse, apoyó los dos brazos sobre la mesa y preguntó a modo de saludo:

—¿Ya tomaron algo?

—No, lo estábamos esperando a usted.

—Bueno, yo no quiero nada. Salgamos que voy a mostrarles algo. Por el dueño del bar no se preocupen. No va a hacer problemas.

Salieron otra vez al aire casi congelado de la mañana. El señor Abelardo A miró a Rogelio R y le extendió una mano firme.

—Soy el señor Abelardo A. Y por la cara que tienen me parece que voy a tener que convertirme en un gran contestador de preguntas.

—Yo soy Rogelio R y creo que nos vamos a llevar bien porque yo soy un fantástico preguntador. Por ejemplo, a ver qué le parece esta: ¿qué era lo que nos quería mostrar?

—Un lugar donde no hace frío —contestó el señor Abelardo A como si prometiera un vaso de agua.

Los dos muchachos se miraron pensando en un Santuario que ya había dejado de ser un secreto. ¿O habría otras Piedras y lo que ellos consideraban un tesoro era apenas una baratija? Eduardo E pensó que si se quedaban callados estaban diciéndole

demasiado al señor Abelardo A. “Que encima me parece que no es ningún crédulo”, pensó antes de hablar.

—¿Existe un lugar así? —preguntó, tratando de poner en su voz toda la sorpresa de la que se sentía capaz.

—No —respondió el señor Abelardo A parándose de golpe y mirando a los muchachos con cierto aire cómplice—. Es decir. No existía. Yo lo creé.

—Pero eso está prohibido —balbuceó apenas Rogelio R.

—Correcto. Está prohibido. Ahora, ¿quieren ir o no?

—Vamos —dijo Eduardo E—. Cualquier lugar va a ser mejor que este.

Después de caminar en silencio unos veinte minutos llegaron a un viejo edificio abandonado, bastante alejado de las últimas construcciones de la ciudad. Sucio y todo se veía que hacía no mucho tiempo había sido algo especial. Pero el aumento del frío había obligado a la gente a concentrarse en lugares cada vez más reducidos y muchas residencias lujosas quedaron como los monumentos olvidados de una era en la que todavía el Sol era más que esa pantomima amarilla que se moría en el cielo. En general, era sabido que ni para refugio servía porque el abandono hacía que las cáscaras vacías concentraran el frío y estar adentro era mucho peor que la intemperie. Cuando entraron, Eduardo E y Rogelio R comprobaron que los especialistas no mentían. Los recibió un aire que era como una pesadilla.

—¿A esto le llama calor? —logró articular Rogelio R cubriéndose como podía con su campera. Eduardo E ni siquiera intentó abrir la boca. Lo único que quería era volver al delicioso frío de afuera. El señor Abelardo A parecía divertido.

—La paciencia es una virtud que los jóvenes de hoy, como los de siempre, ignoran para qué sirve. Esperen un poco.

Siguieron caminando, abriéndose paso entre escombros y escaleras a medio caer hasta una puerta que quedaba escondida de la entrada por un pliegue del salón. Algunas aberturas, sin nada que las tapara, dejaban ver departamentos con columnas y grandes ventanales que se abrían hacia la ciudad. El señor Abelardo A se paró delante de la puerta escondida. Sacó una vieja llave computarizada de su bolsillo, digitó un código, la cerradura hizo un pequeño sonido, la puerta se abrió y entonces los muchachos vieron.

***

—Bueno, ahora tenemos que preparar el pozo, forrarlo de esmalte y ubicarle en el fondo dos barras de sólidos degradantes. Tendrían que ser casi eternos pero por si acaso van a quedar cuatro más. La caca y el pis van a pasar desapercibidos. ¿Trajeron los biombos para armar la estructura de reparo?

Felipe F dirigía los últimos detalles del Santuario. Le había parecido que la noción de baño había estado ligada siempre en la historia de los hombres a la idea de intimidad y que una nueva arca del diluvio como la que estaban creando no era un buen momento para innovar nada. Así que había mandado a construir unos separadores portátiles para aislar el pozo. La comida y el agua encapsulada ya estaban en unos armarios, a la derecha de la Piedra, junto a las nuevas camperas y pantalones de fibra solar, llamada así como un homenaje a la ironía. A diferencia del Sol, las prendas hechas con esta tela no morían jamás y el calor que daban no disminuía. Felipe F dispuso también varios trapos de esta fibra para la higiene personal porque en combinación con los sólidos degradantes reemplazaban con bastante eficacia a una

buena ducha. “En fin”, pensó. “No es exactamente lo mismo pero en estos días nada es exactamente lo mismo. Habrá que acostumbrarse”.

Silvia S y Susana S miraban hacia la puerta a cada rato, esperando ver entrar a dos figuras que no entraban. Felipe F las miraba pensando en lo mucho que las quería. Las retó con ternura.

—Dejen de hacerse las distraídas y acomoden mejor ese armario. Pongan los juegos todos juntos y preparen el sitio para las camas.

Mónica M llegó con un cuadro. Una chica de espaldas miraba el mar. No se le veía la cara pero se adivinaba una especie de súplica y tal vez un par de lágrimas. No se le había ocurrido a Felipe F decorar el Santuario pero, cuando vio el cuadro, pensó que estaba bien y que Mónica M no se había equivocado. También los Cuatro iban a mirar de alguna manera el mar sin poder alcanzarlo y, después de todo, no había en ese tiempo mejor dios que esa promesa de olas para dirigirle un ruego. Eligieron cuidadosamente la pared para colgar el cuadro. Finalmente quedó de frente a las camas, para que fuera lo primero que se viera al despertarse.

—Así no olvidan que detrás de la puerta los espera algo más que hielo —dijo Felipe F. Y se alejó unos pasos, tratando de ponerse en el lugar de los Elegidos.

ELLA

Se acerca el momento del que ninguno de nosotros quiere hablar. Pronto vamos a tener que elegir a los Cuatro. A los Dos y a las Dos. Y entonces no tengo más remedio que mirar a la puerta. Porque quiero ser una de ellas y que él sea uno de ellos. La puerta que miro me comunica con mi esperanza, con mis deseos de encerrarme para siempre en el Santuario y entregarme por fin a un mañana. Nunca se me había ocurrido pensar que el amor necesita saber que al día siguiente va a tener para besar la misma boca que tuvo ayer. Hasta ahora el tiempo era para mí algo que simplemente pasaba y que se moría de a poco. Ahora es una exigencia. Hoy, que el estómago me tiembla a cada rato y que tengo una especie de alegría que me recorre la piel, necesito de los minutos como del calor. Si pudiera, me comería a mí misma para hastiarme por fin de algo que estuviera lleno de ganas.

ÉL

Cuando la miro entiendo un poco más a mis padres, a los adultos, a los hombres que veo todos los días por la calle yendo a sus trabajos y que no tienen que pensar en las ratas porque para eso estamos nosotros. Es decir, a ver si me puedo explicar mejor. Entiendo que alguna vez miraron a alguien como yo a ella y que ahora casi no se acuerdan de esa mirada, de que alguna vez miraron así y fueron mirados así. Es lógico que ahora simplemente vayan a sus trabajos, caminen por la calle, sean mis padres y no se acuerden de las ratas porque para eso estamos nosotros. Debe ser insoportable tener que vivir con aquella mirada en el recuerdo y buscar unos ojos para volver a decir lo mismo y buscar, buscar como locos que esos ojos nos repitan lo que nos decían y encontrar en cambio un trabajo al que se va, una calle por la que se camina, una rata en la que ni siquiera se tiene que pensar. Por eso, si yo entro al Santuario, la voy a mirar todo el tiempo, y con todo el cuerpo, para que no se me olvide nunca su mirada. Y si no entro, también, para irme de a poco con sus ojos sobre los míos. Creo que aprendí una cosa en estos días de la Piedra. Solo puedo ser entero si no olvido que alguna vez mis ojos hablaron.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Marcelo M miraba el cielo con su torta recién ganada. Como siempre, desayunaba a costa de nosotros. Habíamos estado jugando a descubrir qué estrellas tocaban la línea exterior del Universo y por supuesto Marcelo M no había dejado títere con cabeza. Hoy puedo decirlo sin rencor: en eso de mirar las estrellas no había con qué darle, aunque en aquellos tiempos le tenía cierta envidia. Pero ahora permanecía con los ojos fijos en el cielo y, por algún motivo, todos sentimos que había que acompañar ese momento en silencio. Estábamos seguros de que Marcelo M tendría algo que decirnos cuando volviera a mirarnos.

—¿Y? —le preguntamos por fin.

Marcelo M bajó los ojos y nos recorrió uno por uno con un aire de alegría que nos hizo saltar adentro de nosotros. Al fin habló.

—Puede ser. No estoy seguro pero puede ser.

—Marcelo M —le dije con una buena cantidad de rabia contenida—. No vengas ahora a hacerte el interesante. ¿Sí o no?

Pero yo le había dado la oportunidad de sentirse distinto y él no la iba a desaprovechar. Así que siguió en lo suyo.

—Te dije que no estoy seguro —me contestó—. Me parece que sí, que es probable. Tengo que mirar con más cuidado para decirles algo definitivo.

Me fui sin saludar. Algo tan simple como calcular si la elíptica del Universo continuaba achicándose o se había detenido en su manía de perder materia no podía despertar tantas dudas en alguien con la vista de Marcelo M. No, él sabía si podíamos tener

alguna esperanza y no lo quería decir para impresionar a Mónica M. Miré para arriba y decidí hacer yo mismo el cálculo. Saqué lápiz y papel porque las ecuaciones no se me daban de memoria como a Marcelo M.

—Algo debe estar mal —me dije cuando terminé de hacer mis números—. Según esto, el Universo está casi dos cuadras más grande que ayer. ¿En dónde me habré equivocado?

Y me fui para mi casa convencido de que, a ese paso, jamás iba a ganarme una porción de torta.

ROGELIO R

Rogelio R y Eduardo E no entendían lo que veían. Y ya que estaban, tampoco podían creerlo. El señor Abelardo A se había sacado la campera térmica y los esperaba con la camisa desabrochada. Y mientras afuera, a diez metros de ellos, el mundo se congelaba en un frío sin control, el señor Abelardo A se dejó caer en un sillón y les preguntó, con una voz vacía:

—¿Qué quieren tomar?

SEGUNDA PARTE

“Soy un yalawohe. Los yalawohe somos hombres. Los hombres no cazan ratas. Yo soy un hombre. Yo no cazo ratas”.

Como un rezo, como el único ruego de esos tiempos, las palabras se repetían todos los días en el campamento. Los yalawohe se levantaban temprano. Se reunían sin perdonar ausencias y mirando lo que quedaba del Sol repetían esa letanía que era también un desprecio a la ciudad. Varios dirigían los ojos hacia los edificios lejanos y escupían al suelo con una especie de asco.

Los yalawohe estaban orgullosos de su pequeña historia. Habían aparecido en el mundo cuando se dictó la ley que obligaba a los jóvenes a cazar ratas. Muchos de los que tenían que ponerse el garrote al hombro y salir a las calles dijeron que no a la nueva norma. La ciudad entonces los expulsó, esperando simplemente que el frío hiciera su parte y se murieran de a poco en los descampados de las afueras.

Pero no murieron. Formaron una tribu de desesperados y crearon una hermandad desheredada. Fueron precavidos. Antes de irse se alzaron con lo último que había en prendas térmicas. Levantaron carpas sobre la nieve y empezaron a prepararse para el retorno. Decidieron no ser bellos. Decidieron no ser felices. Decidieron olvidarse de sus nombres. Se llamaron a sí mismos yalawohe precisamente porque no quería decir nada y se pusieron a esperar una señal que les indicara que la ciudad se abría nuevamente para ellos.

En eso estaban cuando una muchacha apareció en el horizonte. Era el primer ser humano ajeno al grupo que veían desde el comienzo de su exilio. Así que se reunieron todos en el espacio central, que habían dejado como punto de encuentro, a mirar cómo la figura se iba haciendo cada vez más grande sobre

el telón gris de la mañana. Cuando estuvo a tiro de grito se detuvo. Ahora podían ver los expulsados que era joven. Muy joven. Abrió la boca como para decir algo pero se detuvo. Parecía querer asegurarse de que todos estaban pendientes de ella y de su mensaje. Finalmente habló.

—Soy Susana S —les dijo— y saludo a los yalawohe.

Y agregó, luego de una pausa que ya tenía preparada.

—Vengo a ofrecerles la vida.

EL SEÑOR ABELARDO A

Rogelio R y Eduardo E vivían algo por primera vez: estaban en algún lugar del planeta Tierra y tenían sobre sus cuerpos solo las camisas. Desde que habían aprendido a recordar se veían con los buzos y las camperas térmicas. Para dormir se sacaban todo eso pero se metían corriendo en las bolsas diseñadas especialmente para hacer más tolerables las noches. Hasta sus primeros encuentros con el amor —como los de todos, por otro lado— habían sido dentro de estos simulacros de camas. Pero ahora entendían lo que quiere decir la frase “libertad de movimiento”. Es decir, la entendían en serio. Los nuevos abrigos hablaban de ella en sus anuncios pero Rogelio R y Eduardo E se daban cuenta de que habían estado viviendo un engaño. En ese abandonado departamento de las afueras, descubrieron por fin lo que era moverse sin intermediarios. El señor Abelardo A los miraba con una combinación de curiosidad y urgencia. Rogelio R hizo un esfuerzo para dejar de disfrutar de su recién estrenada sensación.

—Algo no está bien, señor Abelardo A —dijo finalmente—. Algo está pasando y nosotros no lo entendemos.

—¿Qué cosa? —quiso saber el señor Abelardo A.

—Las ratas. En mi sector casi no había y hace unos días me llamaron para una emergencia. Cada uno de nosotros tuvo que enfrentarse con varios miles de bichos y así no hay atontador que valga. A mí me rodearon y salí de milagro, porque unos compañeros me salvaron.

—¿Y por qué piensan que está pasando algo distinto a lo que sabe todo el mundo? Por si no se enteraron, el Sol se está terminando y ya descubrimos hace bastante que el frío es lo que necesita este tipo de ratas para multiplicarse.

—No, eso ya lo sabemos —intervino Eduardo E—. Nos llama la atención el número increíble que se dio de golpe en un lugar donde cazar ratas era como estar de vacaciones. Y después nadie explicó nada. El único hombre del gobierno que conocemos es usted. Solamente queríamos que nos dijera si esto va a seguir pasando. Está bien que al planeta no le quede mucho, pero una cosa es morirse con los amigos y otra terminar aplastado por las ratas. Si a partir de ahora las cacerías van a ser así me parece que tenemos que saberlo.

El señor Abelardo A miró a Eduardo E. Estuvo de acuerdo consigo mismo el día que conoció a aquel muchacho flaco en el desayuno. Tenía algo. Pero en ese momento le pareció más peligroso que aprovechable. Quién sabe. Llenó nuevamente los vasos de sus visitantes y fue cauto para responder.

—En la Dirección de Abastecimiento tuvimos algunos datos que nos hicieron pensar que, pese a la persecución de ustedes, el número de ratas está aumentando en lugar de disminuir. Pensamos que el incremento del frío puede tener algo que ver pero no estamos seguros. De todos modos son estudios muy preliminares y todavía no podemos confirmar nada. Pero si yo fuera joven y tuviera que usar el garrote, me cuidaría mucho en estos días.

Eduardo E y Rogelio R se miraron entendiendo que el señor Abelardo A elegía con demasiado cuidado las palabras. Rogelio R quiso hacer otra pregunta pero la lengua dejó de obedecerle. Eduardo E alcanzó a pensar que su amigo tomaba actitudes muy curiosas y que no estaba bien eso de acostarse en el sillón. Antes de quedarse dormido se dijo que había que ser más respetuoso en casa ajena.

ELLA

La puerta no se abrió nunca. Y yo, que lo único que quería era verlo entrar. Sentir al fin la sensación de un regreso. Yo, la última, espero a alguien y ya no soy únicamente una condenada. Soy esta espera que se me está haciendo infinita y dolorosa. Estoy haciendo cosas y entonces vengo para aquí y miro a la puerta, y voy para allá y miro la puerta, pero no sirve de nada mirarla, porque todavía no se inventaron miradas que vean puertas abiertas allí donde hay una puerta que, maldita sea, sigue tan cerrada y tan indiferente y tan puerta inmóvil como siempre. Lo obvio es que algo debió de haber pasado. Algo seguramente no salió bien y entonces pienso que si algo no salió bien soy yo la que no salió bien, la que no sale bien nunca. Me miro con mis amigos. Ellos me entienden. O sea, mejor dicho, me miro con mis amigos para que me entiendan. Para que sepan que yo sé que todos miramos, pero que me hace bien que ellos comprendan que yo miro más que ellos, que yo miro distinto, que miro y me prolongo en esa ausencia que es la puerta cerrada, que mis ojos atraviesan el acero y salen al aire helado para buscarlo, a decirle que no se preocupe, que nada salió mal, que nada puede salir del todo mal mientras mis ojos puedan volar. Pero también sé que sigo aquí y que ya no tengo nada que hacer salvo sentarme en un rincón a llorar, a sentir esas manos que me apoyan, que no son sus manos pero que igual sirven. La puerta sigue cerrada y a mí me duele la piel.

ÉL

No recuerdo el comienzo del frío. No recuerdo bien en qué momento la escarcha de la mañana empezó a ser una mala noticia. No recuerdo bien en qué momento cambié mis juguetes por el palo para matar ratas. No recuerdo cuándo empecé a tener miedo. No recuerdo cuándo dejé de tenerlo. No recuerdo por qué un día las cosas ya no me importaron más. No recuerdo por qué un día volvieron a importarme. No recuerdo cuándo descubrí que sabía llorar. Sí recuerdo que estaba seguro de no saber. No recuerdo cómo hice para resolver mi primer problema serio. No recuerdo cuál era. No recuerdo por qué empecé a pensar que muchas veces tenía razón. No recuerdo cuándo empecé a ponerme nervioso al verla a ella. No recuerdo si eran exactamente nervios lo que sentía o era otra cosa. No recuerdo si esa otra cosa era más linda o más fea que los nervios. No recuerdo en qué momento los gestos pasaron a tener importancia. No recuerdo si siempre la tuvieron. No recuerdo mi cuerpo sin el frío. Sí recuerdo mi cuerpo lleno de soledad y de vergüenza. No recuerdo mis manos. No recuerdo mi altura. No me recuerdo yo.

SILVIA S

—Algo salió mal, Marcelo M. Algo no funcionó. Ya deberían haber llegado hace rato. Ya sabés que desde el accidente de Rogelio R habíamos acordado no salir de noche porque no sabíamos qué podía pasar con las ratas. ¿Y justo Eduardo E va a dejar de cumplir una resolución del grupo? Justo él, que es el tipo más legalista del mundo, el más formal…, el…

Pero la voz se le quedó dormida en alguna parte del llanto. Susana S caminaba de una punta a la otra del Santuario sin saber qué hacer con las manos. Felipe F la tomó por los hombros y la sentó de a poco en un banco bajo.

—Ya sé que tenés derecho a estar especialmente nerviosa. Pero no podemos movilizarnos tan pronto por algo que puede ser simplemente una tardanza. Tal vez tuvieron que hacer algo inesperado y no pudieron venir a avisarnos. Está bien que Eduardo E es muy estricto, pero las cosas no están tampoco como para ser tan formales.

—Es que es muy de noche, Felipe F… —pudo decir Susana S—… muy de noche…

Nadie quiso responderle. Ni siquiera Silvia S, que salió a la puerta del Santuario para ver si sus ojos podían anticipar el regreso, pero que en el fondo estaba de acuerdo con Susana S y también pensaba que algo no estaba funcionando. Marcelo M se le acercó por detrás.

—Son los dos mejores de nosotros —le dijo despacio para no asustarla—. El más loco y el más lúcido. No les puede pasar nada.

—Sí les puede pasar. Porque tengo la sensación de que quisimos ponernos a explicar al Sol y que cruzamos un límite que no tendríamos que haber cruzado. Recién ahora me doy cuenta de que estamos tratando de vencer a… no sé… a algo terriblemente grande y a la vez imposible de atrapar. Es como si quisiéramos tapar la sombra de una montaña. Ya la idea del Santuario era un disparate. No. Había que saber qué pasaba con las ratas. ¿Por qué?

Marcelo M la miró por entre los espacios que le dejaban las lágrimas de ella y entendió a Rogelio R y su determinación de reservarle su último pensamiento. No supo qué responder, así que resolvió ser amigo. La abrazó con todo el cuerpo, le dio un beso en el pelo y la fue metiendo con cuidado a los dominios de la Piedra.

Decidieron quedarse allí esa noche. Tal vez algunos padres se preocuparan, tal vez otros no. Vagamente entendían que el tiempo les estaba dando permisos superiores. Ya habría, en todo caso, oportunidad para explicaciones. La noche se fue entre sueños y miedos. Pero cuando afuera empezó a reinar la claridad, todos supieron que sí, que Susana S había tenido razón, que las cosas habían salido mal, que Eduardo E y Rogelio R habían desaparecido y que ellos tenían que hacer algo.

***

Lo primero que hicieron fue buscarlos en los lugares esperables. Rogelio R no estaba en su casa, Eduardo E no estaba en la suya. Los Protectores eran una posibilidad. Originalmente habían sido creados para organizar las cuadrillas exterminadoras de ratas pero cuando pasó lo de los yalawohe no tuvieron problemas en golpear y en empujar hacia los descampados a los

rebeldes. Aunque ahora podían ser una solución. Marcelo M no estaba de acuerdo.

—Creo que ya no podemos confiar en nadie. No sabemos qué está pasando y contarles todo esto a los Protectores puede ser peligroso. No, lo que tengamos que hacer vamos a tener que hacerlo solos.

Tácitamente, los demás habían aceptado que, con Eduardo E metido vaya a saber dónde, Marcelo M era el nuevo jefe. El siguiente paso también fue lógico. Sabían dónde se habían citado con ese hombre del gobierno y se fueron para allá. Lamentaban no tener más datos, algún nombre por lo menos, pero Eduardo E había sido muy misterioso y lo único que había aceptado revelar era el lugar del encuentro. El bar ocupaba una de las últimas casas de la ciudad. Pocos metros más allá empezaban los edificios abandonados y en seguida el enorme desierto de hielo. El dueño del bar era como su negocio, sucio y desinteresado. Un señor con dos muchachos. Sí, habían estado ayer. Llegaron los chicos primero y después apareció el otro. No, no sabía de qué habían hablado, él no se metía en asuntos ajenos. Sí, se fueron enseguida. ¿Para dónde? No tenía la menor idea y además tampoco le importaba. Cada cual se abriga como puede.

La última frase era en realidad un dicho que se había empezado a repetir mucho en los últimos tiempos. Desde que se confirmó la decadencia del Sol, los refranes que ponían al frío como protagonista se convirtieron en los principales transmisores de la filosofía de la nueva era. Cada cual se abriga como puede. Los muchachos comprendieron que la conversación había terminado.

Cuando volvieron al Santuario se dejaron caer en el suelo. Tenían todavía unas horas antes de su horario de cacería, pero ya

no sabían por dónde seguir la búsqueda. Eduardo E era el más organizado y Rogelio R el más imaginativo —título compartido quizá con Felipe F— y no tenerlos era una pérdida importante. Marcelo M se dio cuenta de que tenía que obligarlos a pensar.

—¿Alguna idea? —preguntó, pero no hubo respuesta. Silvia S y Susana S se apiñaban en un rincón de la cueva. Fue Javier J el que habló.

—A nosotros ya no se nos ocurre nada. En los Protectores no tenemos confianza, pero a mí me parece que solos no vamos a llegar a ninguna parte. Hay que buscar ayuda. Yo estaba pensando en los yalawohe.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Cuando la vi, yo todavía no volaba. Es cierto que ya había intentado algunos viajes pero nada serio. Un salto algo más largo que lo común. Algún aterrizaje afortunado. Pero volar, lo que se dice volar, yo no volaba. Ahora, cuando la vi me di cuenta de que mi única oportunidad tenía un nombre: vuelo. Si yo pretendía que ella se fijara un poco en mí tenía que andar por el aire como por el suelo. Entonces empecé a largarme. Y ya se sabe, cuando uno tiene auténticas ganas de hacer algo nada puede impedirlo. Así que a los pocos días no había nube que tuviera secretos para mí. Lo único que me quedaba por hacer, entonces, era acercarme como casualmente, como si ese encuentro fuera resultado únicamente de la fortuna, y decirle con la voz más natural que me saliera.

—Hola, ¿qué hacés por aquí? No sabía que vos también volabas por estos lugares tan solitarios. Yo hace años que vengo. Me gusta porque es tranquilo y puedo pensar sin que nadie me interrumpa.

Fue lo que hice. Ella me sonrió sabiendo que mentía pero fue lo suficientemente astuta como para aceptar mi historia. Paseamos un rato y aunque ella era mucho más hábil que yo en ese asunto de navegar el aire, debo decir en mi favor que no desentoné demasiado. El paso de los días fue fortaleciendo nuestra amistad. Todo iba maravillosamente bien. Pero está visto que nada puede ser perfecto para siempre. Un día la encontré parada sobre una colina baja de las afueras. Me acerqué, extrañado, porque era la primera vez que la veía apoyada en algo.

—Ya no quiero volar más —me dijo—. Ahora quiero sentir todo lo que peso.

La miré sin entender nada. ¿Y ahora qué iba a hacer con mi habilidad? Me paré junto a ella. Una vez, por estar a su lado había aprendido a acompañar al viento.

—Quiero vivir lo que hacías antes de conocerme —siguió hablando. Pero yo ya no la oía.

Como por obra de un mago poderoso entendí en ese momento lo que tenía que hacer. La tomé de una mano y la llevé para que viera la fachada de mi casa. Supe que ya nunca más íbamos a volar y que el cielo había sido apenas una excusa para estar juntos. Ahora que había cumplido su parte volvía a ser lo de siempre: un lugar para mirar de a dos.

EL SEÑOR ABELARDO A

Una cosa era evidente. Estaban solos. Se miraron extrañados porque eso de estar en camisa seguía siendo novedoso para ellos. Instintivamente buscaron las camperas térmicas. No estaban. Sus otros abrigos tampoco. En esas condiciones podrían llegar a caminar afuera, si tenían suerte, unos veinte pasos. Después su sistema circulatorio dejaría de funcionar y se derrumbarían como estatuas olvidadas. Así que estaban obligados a permanecer en ese pequeño departamento hasta que alguien viniera con ayuda.

—Pero no sé cómo nos van a encontrar, viejo —dijo Eduardo E—. Nadie sabe el nombre del señor Abelardo A y menos que exista este lugar. Me parece que estamos en un lío.

Rogelio R no quería entregarse sin pelear.

—Bueno, lo primero que tenemos que hacer es buscar en todas las habitaciones a ver si encontramos algo que nos permita fabricar algunos abrigos. No creo que si el señor Abelardo A preparó todo esto para encerrarnos haya cometido la tontería de olvidar cosas para que nos escapemos, pero a veces los mejores planes dejan puertas abiertas. Vamos.

Pronto descubrieron que el señor Abelardo A no era ningún improvisado. Ni las cortinas estaban en su lugar. No había nada para comer ni para tomar. Rogelio R se dejó caer en el sillón con una confesión que no le gustaba nada.

—Tenés razón. Estamos en un lío.

Eduardo E no le prestaba atención. Había descubierto un papel sobre la mesa y lo estaba examinando.

—Es una carta de nuestro anfitrión. Nos dejó un mensaje grabado. Hay que prender la pantalla.

El aparato era de los clásicos, sin secretos para ellos. Los comandos fueron respetuosos de los dedos que los hicieron funcionar y a los pocos segundos apareció la tranquila figura del señor Abelardo A, hablando con voz calma. Detrás del hombre se veían los cuerpos de Eduardo E y Rogelio R tirados uno sobre otro en el amplio sillón. Rogelio R pensó que era extraño eso de verse dormido en una pantalla que le explicaba, despierto, qué estaba pasando. Había ido a averiguar el porqué de la imprevista explosión de ratas que casi lo había matado y ahora empezaba a preguntarse si el señor Abelardo A no había usado con ellos la misma estrategia que ellos con los bichos. Primero un buen atontador y después un sólido palazo. Se le ocurrió que ahora estaba viendo la forma del garrote. Pero era el momento de concentrarse en el señor Abelardo A.

“Muchachos, cuando vean esto van a verse durmiendo detrás de mí, estarán sin camperas para salir de allí (al menos yo no les recomiendo que lo intenten) y tendrán un montón de dudas adentro. Como con toda seguridad esta es la última vez que nos veremos, quiero ser absolutamente sincero con ustedes y contestarles todas las preguntas que, infelizmente, no pude responderles personalmente. No creo que quieran perdonarme; además, les confieso, eso me importa un pito pero, cuando termine de hablar, tal vez puedan entenderme. Lo que tengo que contarles no es sencillo ni breve, así que pónganse cómodos y prepárense para varios asombros”.

SUSANA S

La idea de Javier J los había tomado por sorpresa. Los yalawohe formaban una parte tan permanente del olvido que ni siquiera eran un nombre para la mayoría de los habitantes de la ciudad. Que se los mencionara como posibilidad de ayuda era equivalente a meterse en los sueños que de tanto en tanto se contaban. Pero Marcelo M entendió que la idea no era disparatada.

—Tal vez Javier J no esté muy errado. En el fondo no somos demasiado diferentes. Ellos tienen tiempo de hacer cosas que no conoce nadie en la ciudad y nosotros nos metimos en otro misterio con el asunto de la Piedra y el Santuario. Así que tenemos en común el secreto. Pueden sernos muy útiles.

Felipe F lo interrumpió.

—Pero no podemos acercarnos a su campamento así como así a decirles que se nos perdieron dos amigos y que necesitamos su ayuda para buscarlos. Tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que les vamos a decir y tenemos que ofrecerles algo. Si en general nadie hace algo por nada, los yalawohe especialmente no deben estar muy dispuestos a trabajar para los jóvenes de la ciudad, que mucho no hicieron cuando los echaron.

Hablaron, discutieron, propusieron. Y cuando la tarde empezaba a caer, Susana S salió del Santuario con la misión de convencer a un grupo de desesperados de que no todo estaba perdido.

***

—Yo soy 17 —dijo el yalawohe que salió a recibirla—. Aquí no tenemos jefes permanentes pero descubrimos que para algunas cosas es importante que exista una voz que sea más

poderosa que las otras. Cambiamos esa voz todos los meses, así nadie puede acostumbrarse mucho al poder. Ahora me toca a mí tener esta especie de mando.

Estaban en la carpa que 17 ocupaba con su chica, 82, sentados sobre el colchón térmico que aislaba, en la noche, a los cuerpos del frío. 17 era un poco más grande que 82, que era un poco más chica que Susana S. Había tenido una familia en la ciudad pero ya no la recordaba. Todos allí eran auténticos proscriptos, despreciados por padres, hermanos, novias. Las propias leyes los habían condenado a la soledad. Ayudar a un yalawohe era un delito grave. Esconderlo se pagaba con el destierro. Que alguien de la ciudad viniera a hablar con ellos era lo último que esperaban. Susana S recibió una taza de algo bebible de manos de 82.

—¿Cómo se las arreglan con los alimentos? Que yo sepa nadie puede venderles nada.

—No —respondió 17—, pero hicimos las cosas bien antes de venir a este campamento. Nos trajimos alimentos miniaturizados de todo tipo. Podríamos vivir sin pasar hambre hasta que nacieran los nietos de nuestros nietos. Para ese momento el Sol va a calentar menos que un fósforo y la vida en este planeta va a ser una anécdota de la historia.

—¿Y los números? —quiso saber Susana S.

82 se le adelantó a su hombre en la respuesta.

—No tenemos nombres. Los dejamos entre los edificios, cuando la ciudad nos tuvo más miedo que piedad. De alguna manera tuvimos que empezar a llamarnos entre nosotros. Los números están bien. Son más impersonales. Nosotros somos más impersonales.

Susana S miró a los dos muchachos y pensó dos cosas: que Javier J había tenido una buena idea y que podía confiar en ellos. Entonces habló.

—Nosotros sí tenemos nombres. Nosotros no nos rebelamos contra la ordenanza de las ratas pero, como ustedes, tenemos un secreto que no queremos compartir. Escuchen.

Y entonces los yalawohe se convirtieron en el segundo grupo de jóvenes que oía hablar de la Piedra, del Santuario. Y también se enteraron de la desaparición de Rogelio R y de Eduardo E, del amor de Susana S y del Plan para vencer al frío. Dejó para el final lo que tenía para ofrecerles.

—El Santuario es un espacio de unos 12 metros cuadrados. O sea, es una habitación no mucho más grande que esta carpa. Nosotros pensábamos encerrar allí a cuatro de nosotros. Eso sigue en pie. Pero creemos que dos personas más no van a complicar mucho las cosas. Les ofrecemos esos dos lugares a cambio de que nos ayuden a encontrar a Rogelio R y Eduardo E.

17 buscó los ojos de 82 antes de responder. Sabía lo que tenía que decir pero quería encontrar la convicción de que hacía lo correcto en los ojos de ella.

—Esta no es una decisión que pueda tomar yo solo. Entre los yalawohe hacemos las cosas distinto que en la ciudad. Voy a llamar a todos mis hermanos a una reunión. Les voy a contar exactamente lo mismo que fue dicho en esta carpa y entre todos resolveremos. Esperá aquí, Susana S.

La pareja de desterrados salió, dejándola sola. Mientras los veía por la puerta de la carpa Susana S pensó que a veces el destino tiene la forma de una espalda que se aleja.

***

“Hay algunas cosas realmente curiosas en el ser humano. A casi nadie se le ocurrió que era bien extraño que una sociedad que había terminado con las enfermedades, que había logrado avances tecnológicos de fantasía, no pudiera crear, para combatir a las ratas que invadieron las ciudades, más que algunos liquiditos atontadores y un garrote digno de la Edad de Piedra. Nadie pensó que detrás de semejante estupidez podía estar la decisión de que el combate contra la plaga no se terminara nunca. Y allá fueron ustedes, palo en mano, a vérselas con aquel ejército gris, sin ninguna probabilidad de éxito. Pero eso no es lo más maravilloso de todo esto. No. Lo que me parece auténticamente increíble es la fuerza del Secreto. Miles y miles de personas comprometidas en todo el mundo con un proyecto inconmensurable y fuera de los que lo conocíamos nunca nadie se enteró de un centímetro de nuestro plan. Ahora que ya está a punto de dar sus últimos pasos parece fácil, pero tuvieron que pasar años y muchas acciones complicadas para que llegáramos a este punto. Ningún hombre le confesó jamás nada a su amante, ninguna mujer lo habló con su novio si él no estaba comprometido. Una locura digna de mentes superiores”.

La palabra del señor Abelardo A sonaba en la pantalla mientras Rogelio R y Eduardo E se preguntaban de qué Secreto hablaba su —ahora ya no tenían dudas— enemigo. Cuál era el proyecto que tanto alababa la odiada imagen. Pero el señor Abelardo A parecía tener luces para iluminar las almas ajenas.

“Querrán saber, supongo, de qué estoy hablando. Es lógico. A mí en su lugar me pasaría lo mismo. Bueno, los voy a sacar de la duda. En realidad todo es muy simple. Tanto, que lo único raro de toda esta historia es que a nadie se le hubiera ocurrido antes.

Verán, chicos. Una mañana, alguien extraordinariamente lúcido se levantó como todos los días. Tomó el desayuno en compañía de su familia y mientras iba para el trabajo mirando por la ventanilla de su vehículo se dijo: ‘Somos muchos’. Entonces empezó a gestar el Plan”.

Los muchachos no entendieron demasiado esta última revelación. Y claro, metidos de lleno como estaban en tratar de comprender todos los detalles del largo discurso del señor Abelardo A, no se dieron cuenta de que la temperatura del cuarto había descendido un grado.

***

“Sí. ¿No es raro que nadie hubiera pensado antes en algo tan claro? Sí. Éramos muchos. Y nuestro pequeño planeta, la única casa habitable que tenemos a mano, no podía con todos. O para decirlo más exactamente, en pocos años más ya no podría con todos. ¿Por qué esperar ese momento para actuar con la desesperación de lo urgente si era posible planificar todo y actuar con la razón por delante? Entonces ese ser excepcional convocó a las mentes más brillantes que conocía y fue armando su Plan. El proyecto que permitiría a la raza humana perpetuarse más allá de sus propios errores y debilidades. No fue difícil relacionarse con otros que habían llegado a conclusiones similares en otras ciudades pero que por miedo, o por falsa misericordia, no se habían animado a plantearse las posibles soluciones. En pocos meses los gobiernos de todo el mundo se convirtieron en nuestros principales aliados. Ya teníamos el poder de hacer lo que habíamos planeado. Nos faltaba únicamente empezar a seleccionar. Los posibles rechazos al Plan fueron resueltos con la contundencia que la gravedad de la situación exigía. No son estos tiempos para débiles. Si alguien era invitado a participar del

proyecto y ponía reparos de algún tipo a la idea se lo eliminaba directamente. Tuvimos que inventar varios accidentes pero en estos días nadie llora mucho por nadie. Finalmente, reunimos a los elegidos y los recursos. Solo faltaba que alguien diera la orden final. Pero tuvimos paciencia. Nos mantuvimos inactivos esperando que las condiciones fueran las ideales para poner en marcha la más gigantesca locura que hayan imaginado nunca los humanos. Hasta que un día, cuando las nubes cubrían casi la totalidad de las tierras pobladas, cuando la gente iba a sus trabajos como siempre, o hacía el amor como siempre, o comía como siempre, o dormía como siempre, nosotros, los dueños del Plan, empezamos a apagar el Sol”.

ELLA

Espero. Hace rato que espero. Es decir, yo sé que desde siempre espero un milagro. Y ahora —qué ironía que sea justamente ahora— me doy cuenta de la tremendez de la palabra, de la enormidad de la idea. Un milagro. O sea, algo que no debería ocurrir pero que sin embargo ocurre. Un triunfo que debería ser derrota pero que es triunfo. Un dolor que debería doler pero que no duele. Una sonrisa que no debería suceder pero que sucede. Un miedo que debería instalarse como la marca de un hierro al rojo y que sin embargo pasa de largo. O no. Pero que es tan ligero que una termina por no considerarlo un miedo. ¡Qué imbécil, qué espantosamente tarada que soy! Esperé durante tanto tiempo algo tan grande como un milagro que ahora que espero algo tan chiquito como una respuesta, no sé qué hacer con mis manos.

ÉL

¿Sabrá que la extraño, que me he construido una forma de pensar que aun cuando estoy, digamos, mirando viejas fotos con mis amigos la extraño? Ahora, por ejemplo, no estoy hablando de ella. Y sin embargo, por alguna magia que vaya a saber cómo se me pegó, mi forma de no hablar de ella es otra de las maneras que elegí para extrañarla.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

—¿Vieron que Rogelio R está desnudo, caminando por la calle? —les pregunté a todos. Me miraron como si esperaran la noticia, como si nada de lo que hiciera el demente ese los sorprendiera. Pero yo no esperaba lo que pasó y ahora me pregunto si esto de la locura no será contagioso. Porque el frío es el de siempre. Y apenas llegó Rogelio R sin un pedacito de tela sobre su cuerpo, Mónica M va y se empieza a sacar la campera térmica y no se detiene en eso sino que sigue con los buzos interiores. La cosa ya no tuvo freno. La siguió Sixto S y después Javier J y al fin todos mis amigos se miraban entre sí para ver cómo era esa sensación de verse desnudos.

—¿Pero están locos? —les gritaba yo—. Así se van a morir de frío. Se van a morir de vergüenza. Se van a morir de dolor. Se van a morir de pena. Se van a morir de recuerdos. Se van a morir de silencio. Se van a morir…

Y mientras les gritaba lleno de rabia lo que les iba a pasar por inconscientes mis amigos empezaron a convertirse en cenizas y yo abrí el cierre de mi campera.

ROGELIO R

Susana S estaba pensando ya que pasaría el resto de su vida en esa carpa alejada de la ciudad cuando se abrió la puerta y entraron 17 y 82, que traían la respuesta de los yalawohe.

—¿Y? —preguntó Susana S.

82 fue la que respondió.

—Los yalawohe nos pondremos en marcha. Vamos a ayudar a buscar a tus compañeros perdidos y nosotros dos hemos sido designados para ocupar nuestro lugar en el Santuario cuando llegue la hora.

Susana S se levantó, miró a sus nuevos compañeros y quiso hablar pero no pudo. 17 la tomó por los hombros y la llevó afuera con delicadeza.

—No digas nada. Empecemos a buscar, que no sabemos cuánto tiempo tenemos. Las palabras pueden esperar a que estemos más tranquilos.

***

“No me pregunten sobre cuestiones tecnológicos porque de eso ni sé, ni quise saber nunca nada. Nuestros científicos hicieron algo que tiene que ver con pantallas, con barreras de gas que lograron dar la impresión de que el Sol estaba agonizando en serio. El resto lo hicimos con publicidad. En poco tiempo todo el mundo que no estaba comprometido en el Plan quedó convencido de que la vida en la Tierra estaba llegando a su fin. Y agregamos eso de la contracción del Universo para darle más seriedad científica y para que todos aceptaran que la fuga a otro mundo también era imposible. Pero el frío, siempre en aumento, provocó

un incremento fantástico en el número de una especie de ratas que no esperábamos. Al principio pensamos en exterminarlas en forma rápida para no agregar dificultades a la marcha del proyecto, pero después se nos ocurrió que poner a los jóvenes de todo el mundo a perseguir a la plaga nos iba a quitar del medio muchos posibles obstáculos molestos. Tengo que decir con cierto orgullo que yo tuve bastante que ver con esa decisión. Mientras la temperatura iba bajando y ustedes corrían de aquí para allá con un palo en las manos, nosotros fuimos terminando de a poco los refugios en los que viviríamos unos pocos años, hasta que el planeta recuperara su temperatura normal y la nueva humanidad pudiera salir de nuevo a la superficie".

—Hay dos cosas de este discurso del señor Abelardo A que no me gustan nada, Eduardo E.

—¿Qué cosas, Rogelio R?

—La primera, que nos lo esté contando. Parece muy seguro de que jamás saldremos de este departamento con vida. Porque si nosotros volvemos a la ciudad podemos convertirnos en un buen dolor de cabeza para el Plan. Está bien que no nos va a resultar sencillo que alguien nos crea semejante disparate. Si hasta a mí me parece una locura del señor Abelardo A.

—Ajá, ¿y cuál es la segunda cosa que no te gusta?

—Esperá, ya te digo. Déjame oír qué más dice este tipo.

El señor Abelardo A seguía desde la pantalla con su rara costumbre de adivinar siempre lo que pensaban los otros.

"Supongo que ahora se están preguntando si todo esto no será un enorme invento de mi parte, un buen cuento para explicar mi próxima muerte y que me duela menos. Ninguna prueba tengo

para convencerlos. Lógicamente, estas cosas no se hacen con documentos ni firmas. Pero el tiempo que queda para el final es breve y allí se convencerán de que todo lo que les conté aquí es cierto. La alarma que informará que las temperaturas harán imposible cualquier forma de vida empezará a oírse en pocos días. Tengan paciencia. Lo que no creo que tengan son posibilidades".

En la grabación el señor Abelardo A hizo la primera pausa de su largo monólogo. Parecía cerca del final. Eduardo E aprovechó para preguntar por lo bajo.

—¿Qué quiso decir con eso de las posibilidades?

—Me parece que tiene que ver con la segunda cosa que no me gustaba.

—No te entiendo.

—Oíme, ¿vos no tenés un poquito de frío?

MARCELO M

Los yalawohe organizaron los grupos de búsqueda. Sabían más de los lugares prohibidos y usaron ese conocimiento para instruir a sus nuevos compañeros sobre sitios que el grupo del Santuario ni siquiera había soñado. Y hurgaron en cavernas, en grietas infinitas, en viejas ruinas abandonadas. Pero no pudieron dar con un solo rastro de los dos compañeros.

El espacio que rodeaba la ciudad se había ido ampliando con el frío. Ya no había casas habitadas en las afueras, de esas que hacía unos cuantos años se habían ido desgranando sobre el terreno como pequeñas manchas sobre un papel liso. Ahora la ciudad terminaba abruptamente y comenzaba de inmediato el desierto de hielo, propiedad de los yalawohe y de algunos lobos sueltos que todavía se resistían a desaparecer. Los caminos conducían a ninguna parte y a todas. Más exactamente, habría que decir que no existían caminos sino un gran territorio plano y congelado que permitía cualquier dirección. La vista no tenía prácticamente obstáculos, salvo los restos de los departamentos que hacía tiempo habían sido abandonados, cuando los primeros fríos intensos y la eliminación de la calefacción hicieron imposible toda vida en su interior. Todavía se podían leer, despojados de colores y magia, algunos carteles que publicitaban las ventajas de habitar allí.

"¿Usted busca un lugar diferente, en donde disfrutar sea lo habitual? Deje de buscar. Este es ese lugar".

Pero el placer fue breve. Ahora los yalawohe miraban las siluetas de los edificios vacíos y se decían que allí no habían buscado. 17 miró a 82 y a Susana S y señaló las moles lejanas.

—¿Qué les parece?

—No —respondió Susana S—. Allá se concentra especialmente el frío y solo es posible vivir unos minutos. No habrían aceptado entrar.

—Bueno —continuó 17—, sigamos buscando por aquí.

Y les dieron la espalda a unos departamentos destruidos, olvidados, que hacía tantos años que no significaban nada.

***

La temperatura que Eduardo E y Rogelio R sentían en el aire que los rodeaba seguía bajando grado a grado.

—El hijo de puta dejó sin combustible de reserva el sistema de calefacción y nos va a matar de frío —les gritó Rogelio R a las paredes.

La imagen del señor Abelardo A se había fijado en la pantalla y los muchachos aprovechaban para insultarla de tanto en tanto, ahora que se habían dado cuenta de que les quedaban pocas horas de vida.

Susana S y Silvia S volvían a cada rato en la conversación que mantenían para olvidarse de que los números del termómetro de la sala se acercaban irremediablemente a cero. Eduardo E hablaba de la espalda más amada del planeta y Rogelio R recordaba la mañana en que fue atacado por las ratas, cuando para defenderse en los últimos segundos solo se le ocurrió pensar en ella.

—Era como un escudo —dijo—. Si su imagen estaba en mi mente, las ratas no estaban conmigo.

—No podemos quedarnos quietos esperando dejar de respirar —respondió Eduardo E, volviendo bruscamente el diálogo a un espacio que empezaba a parecerse al exterior—. Bailemos —siguió—, bailemos para entrar en calor.

Y empezaron a saltar y a moverse por todo el lugar, tratando de que la sangre siguiera siendo líquida, que los huesos se alejaran del destino de hielo que las horas inmediatas parecían reservarles.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Un día descubrí que podía detener el tiempo. En realidad no fue difícil. Creo que cualquier idiota con algo de iniciativa puede hacerlo. Es decir, yo no soy precisamente un genio, así que si yo puedo, esto de lograr que el tiempo se quede donde está… no sé… es fácil. Ninguna máquina rara, ningún líquido mágico, nada de complicadas fórmulas matemáticas. Me dijeron que la Tierra estaba terminándose y que entonces ya no íbamos a vivir más y no sé cuántas otras cosas y allí se me ocurrió. Cuando yo era chico miraba fijamente la aguja del minutero en los relojes y no se movía nunca. En los relojes con números no servía el truco pero en los que tenían agujas sí. Así que me puse a mirar la aguja grande con toda la fuerza de mis ojos, sin sacarle un instante la vista de sus líneas alargadas, punteagudas. Eran las nueve y veinticinco en un reloj lindo, grande, que dominaba el salón vacío de mi casa. Yo tendría unos trece años y lo recuerdo siempre presente, definitivo, poderoso, con su pie firme, su esfera clara, blanca, más blanca todavía contra el fondo oscuro del resto de su cuerpo. Mentalmente empecé a contar despacio, muy despacio, para tener la seguridad de que cada cifra se llevara al menos un segundo. Cuando llegué a tres mil seiscientos tenía que haber pasado una hora. Saqué los ojos del minutero y me alejé para tener una visión más amplia. Allí estaba la misma nueve y veinticinco que yo había dejado hacía sesenta minutos. Salí a hacer unas cosas a la calle. Cuando volví el reloj marcaba las doce y diecisiete. Quise hacer otra vez la misma prueba. Puse de nuevo mis ojos sobre la aguja minutera y conté, ahora dos veces tres mil

seiscientos. Terminó mi prueba y miré mi reloj de muñeca: las doce y diecisiete. Mi madre llegó de la calle y resolví jugarme. Le pregunté la hora. "Las doce y diecisiete, ¿por?", me dijo. "No, por nada", le respondí sin ganas de seguir hablando. Entonces tomé la decisión más importante de mi vida. Empecé a mirar permanentemente la aguja grande en el reloj de la sala. Esperé a que la casa estuviera tranquila y solitaria, para mí solo, un mediodía. Y miré, miré, miré sin que nada más me importara, sin que la comida me distrajera o que las necesidades de agua me hicieran alejar del objetivo. La única parte mía que importaba eran mis ojos, mis pupilas que impedían que la aguja se moviera hacia adelante, hacia la Tierra congelada definitivamente, hacia mi madre muerta, hacia mi hermano y mi padre abrazándose en el final. Solo mis ojos, solo dos enormes ojos abiertos que miran una aguja inmóvil y que ya ni siquiera saludan cuando llega mi familia a almorzar, eternamente a almorzar y no les extraña que haya solo almuerzos, ningún desayuno, ninguna cena, ninguna noche y tampoco les parece raro que el menor de la casa se la pase mirando un reloj que parece parado porque da siempre las doce y cincuenta y tres y no come nunca y ellos comen siempre lo mismo y dicen siempre las mismas cosas pero al menos están vivos.

MARCELO M

Marcelo M pensó que si los yalawohe no habían encontrado nada era porque habían cometido algún error en el mecanismo de búsqueda. Entonces se sentó a reflexionar mientras sus amigos y los Olvidados seguían explorando cavernas y pozos vacíos.

“Veamos”, se dijo. “Si el tipo con el que se encontraron los citó por aquí es porque quería estar más bien solo con ellos. Si hubiera podido, habrían hablado en el bar. Eso quiere decir que los llevó a otro lugar para estar más tranquilos. Lo que Eduardo E y Rogelio R querían preguntarle no era nada del otro mundo, así que una caverna para hablar de esa tontería les habría provocado sospechas. No, no están en un lugar tan salvaje. Tampoco están en la casa de ese tipo porque es un funcionario y ellos viven todos en el centro y entonces la cita hubiera sido por allá. Tienen que estar en alguna casa cercana. Pero el problema es que además del dueño del bar roñoso ese y de algunos locos más, nadie vive por estos lados. Y a esa zona ya la revisamos a fondo y nada. No. Están cerca pero no en la ciudad y tampoco en las cavernas. Vamos a ver. ¿Qué hay intermedio entre el desierto de hielo y las casas llenas de gente?”. Miró hacia el horizonte y vio, contra la débil luz del Sol, los perfiles de los edificios abandonados y encontró la respuesta. “Una casa vacía”, se contestó. Llamó a los yalawohe y a su gente.

—Allá no buscamos —les dijo.

—No —contestó Susana S—. 17 quería ir a ver pero yo le dije que era perder el tiempo. Adentro se concentra especialmente el frío y ni siquiera con camperas es posible vivir más de unos minutos.

—Pero yo estuve pensando y mi pensamiento me lleva hacia allí. Te diría que es una corazonada pero creo que es más que eso.

82 pareció entenderlo y apoyó su idea de viajar hasta las moles lejanas.

—Vayamos. Somos muchos. Podemos dejar un grupo aquí mientras algunos de nosotros revisamos los edificios.

Susana S seguía pensando que era inútil pero no se opuso. Silvia S tomó dos camperas térmicas y se puso al lado de Marcelo M. En veinte minutos estuvo listo el grupo que se dividiría y partieron Marcelo M, Silvia S y varios yalawohe, 82 entre ellos. El piso congelado lleno de grietas no ayudaba y la caminata era larga. A buen paso no llegarían antes de tres horas a la entrada del complejo.

***

Rogelio R ya casi no podía moverse. Con solo las camisas sobre la piel, la temperatura de dos grados bajo cero que hacía en ese momento era demasiado baja. En circunstancias normales habría sido una especie de verano de fuego pero sus abrigos eran ya un lejano recuerdo en las manos del señor Abelardo A. Eduardo E tomó a su amigo de los hombros y lo obligó a sacudirse más. Ya no seguían el ritmo de la música. Lo único que podían hacer era una especie de movimiento espasmódico, más parecido a los vaivenes de un lobo agonizante que a un baile. Pero Eduardo E se resistía a dejarse caer. Intuía que el sillón del señor Abelardo A sería más un ataúd que un descanso.

—Vamos Rogelio R, no le demos el gusto a ese desgraciado. Si vamos a morir que no sea en la trampa que nos preparó.

—¿Qué querés decir? —alcanzó a preguntar con un hilo de voz congelada Rogelio R.

—Eso. Que no encuentren aquí nuestros cadáveres cuando la Tierra vuelva a ser habitable. Que sepa que burlamos su asesinato. Quiero que descubra que su plan falló y que nos mató la nieve de afuera, no el frío que nos dejó de regalo.

—¿Querés salir?

—Sí, quiero salir.

La nueva idea era el fin inmediato y los dos lo sabían. El exterior, sin la protección adecuada, permitía una sobrevida que nunca superaba los dos minutos. Pero esa nueva línea de acción les dio fuerzas. Rogelio R sintió que así como la Piedra les había dado un proyecto, la idea de Eduardo E les prestaba unos momentos más de buena vida, algo diferente a sentarse a verse morir. Miró a su futuro compañero de eternidad.

—Escribamos las palabras que más queremos. Que sean algo así como nuestro testamento. Nada demasiado largo. Algo sencillo, pero que sirvan de mensaje para los que nos encuentren.

—Bueno. Y llevemos también la grabación del señor Abelardo A.

Eduardo E no olvidaba nunca su posición de líder. Cada uno tomó un papel y escribió lo que quiso en unos segundos, como si ya hubieran sabido de antemano lo que querían que el futuro supiera de ellos. Eduardo E metió el microdisco con la grabación en el bolsillo y clavó los ojos en su amigo.

—Chau, Rogelio R —le dijo.

—Chau, Eduardo E.

No quisieron alargar más la espera, ahora que habían tomado la decisión. Eduardo E agarró el picaporte de la puerta y escupió al piso.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo.

—Bien, vayamos.

Y abrió la pesada placa de acero y material aislante. Lo que los esperaba era la sala de espera de la muerte. Una llamarada de frío que los hizo trastabillar a los primeros pasos. Pero todavía estaban bastante enteros y eran jóvenes y querían vivir. Lograron ponerse de pie y enfilar corriendo hacia la salida del edificio. Milagrosamente consiguieron llegar al exterior. El cielo plomizo de siempre, el suelo congelado, el paisaje blanco, los recibieron. Ahora sí entendieron que quedaba poco. Ya casi no podían caminar. Eduardo E cayó antes, en silencio, primero de rodillas, luego con todo su cuerpo.

Rogelio R se arrodilló a su lado y le tomó la mano. Antes de derrumbarse pudo mirar los ojos cubiertos de tristeza del amigo. Se fue quedando dormido sin esfuerzo y sin dolor. De pronto se dio cuenta de que ya no sentía frío. Metió la mano en el bolsillo y arrugó el papel en el que había escrito la palabra. Así lo encontraron Marcelo M, Silvia S y los yalawohe.

Eduardo E sintió que alguien le tocaba su mano y se llenó de calma. “Bueno, no estoy solo”, se dijo. Cerró los párpados porque la luz del día le molestaba y pensó en él mismo cuando era chico, antes del frío tramposo que les había caído de golpe. “¿Por qué digo frío tramposo? El frío es frío y punto. Tengo que pensar mejor las cosas que pienso”. Así lo encontraron Marcelo M, Silvia S y los yalawohe.

***

Cuando vieron los dos cuerpos tirados en la nieve comprendieron que la búsqueda había terminado. Fueron entonces una gran sorpresa al descubrir que Eduardo E todavía respiraba y fueron sobre todo un dolor sin cumbre cuando vieron al loco amado, al irresponsable de siempre con el cuerpo congelado, las manos duras como rocas, imposibles de abrir, apretando un papel, un pequeño papel arrugado con una sola palabra escrita. Un nombre.

Silvia S.

ELLA

Nadie puede decirme nada ahora. Ya conozco mi destino y entonces nadie tiene ya ningún derecho sobre mí. La Piedra se volvió de pronto un estúpido monolito inservible, una hoguera inútil que me prestó la Tierra por un rato para sacármela de golpe y demostrarme la grandeza de la muerte. Pero la idiota fui yo, que me creí ese cuento del futuro, esa esperanza de Santuario y días compartidos. ¿Y ahora qué soy, en qué me convertí? En nada, en esta rabia, en este odio contra el frío, en este vacío de sus manos, de su voz. Yo estaba aprendiendo. De a poco pero estaba aprendiendo. Nunca me enseñaron a vivir y, claro, nunca supe pero desde la Piedra, desde el proyecto y sobre todo desde él había empezado a sentir que uno de los secretos pasaba por darles algún sentido a los días, a las horas. Si hasta los minutos tenían valor. Es decir, el tiempo había dejado de ser solamente algo que se está extinguiendo. De golpe se volvió una cosa que yo podía usar. Pero también el tiempo me traicionó, también los minutos fueron mis enemigos. Y volví a lo de antes, a mi camino de siempre. Los segundos son otra vez insectos que se alejan y yo un largo silencio que espera. ¡Ay amor! ¿Por qué tu palabra tuvo que ser mi nombre? ¿Qué hago yo ahora con siete letras que cada vez que alguien las repita me van a hablar de lo último que dijiste y de un papel arrugado?

ÉL

No recuerdo mucho. Sé que de pronto sentí una mano y que era buena y me hacía bien. Pero después no sé qué más pasó. Creo que me quedé dormido porque empecé a soñar. Y ya no hizo más frío. Supe que me cubrieron y que me salvaron y entiendo que estoy vivo pero no soy el mismo. Ninguno de nosotros podrá ser el mismo. Mi papel decía Libertad porque mi mensaje quería ser para todos. El de él decía un nombre y sin quererlo escribió algo que era mucho más para todos.

EDUARDO E

—Estos son los yalawohe, Eduardo E —presentó Marcelo M a sus nuevos aliados—. El es 17 y ella 82.

Eduardo E, apoyado sobre Susana S, los saludó con un movimiento de cabeza. Todavía no podía caminar y tenía que pasar largas horas acostado. De la ciudad solo habían llegado noticias inquietantes, que sirvieron para disimular en algo el asco y el terror que sintieron todos cuando Eduardo E les contó sobre el Plan y les mostró la grabación del señor Abelardo A. La alarma final era esperada de un momento a otro. Había que actuar rápido. El Santuario necesitaba los últimos toques y había que elegir a los cuatro que acompañarían a 82 y 17.

—Pero antes tenemos que volver —dijo Eduardo E—. Hay algunos asuntos que quiero arreglar.

Los que lo veían sabían que hablaba del señor Abelardo A y estaban de acuerdo. Había que volver. La historia del mundo, la de ellos mismos, se acercaba a su último capítulo y la ciudad los esperaba.

TERCERA PARTE

Fabricius iba de los espacios prohibidos a la ciudad y de ella a los territorios condenados como quien se traslada de la cocina al dormitorio de su casa. Conocía cada movimiento de los yalawohe por haberlos observado casi desde su nacimiento. Ahora había visto a los chicos que habían llegado a pedir la ayuda de los desposeídos y había sido testigo de la búsqueda, del encuentro de Rogelio R y Eduardo E, supo del dolor y entendió que sus caminos podían llegar a cruzarse con los muchachos que pensaban regresar para cobrarse la muerte del amigo. No necesitaba acercarse demasiado. Fabricius podía analizar el comportamiento de una rata instalado a más de un kilómetro del bicho sin que el animal se enterara nunca. Había ocupado sus últimos años en desarrollar un mecanismo de espía infalible y lo había concentrado en los yalawohe. No entendía por qué pero esa última estirpe de desesperados le provocaba cierta admiración y hasta envidia. Cuando se enteró del Plan a través de la imagen del señor Abelardo A resolvió seguir de cerca lo que pasara. Eduardo E tendría todavía que descansar algún tiempo antes de poder moverse sin ayuda pero Fabricius sabía esperar. “Bueno, aquí estamos. Vamos a ver en qué termina todo esto. Tal vez podamos darnos una mano mutuamente. ¿Qué será eso del Santuario?”.

EDUARDO E

Los días pasaron con Eduardo E avanzando en sus posibilidades de moverse sin ayuda. Finalmente logró ponerse de pie solo y al cabo de un tiempo de ejercicio y cuidados pudo caminar con razonable seguridad. Susana S estaba siempre con él y los demás conjurados de la Piedra no dejaban pasar un día sin verlo para planear el regreso. Felipe F propuso una línea de acción rápida.

—No tenemos tiempo, Eduardo E, y hagamos lo que hagamos tiene que ser ya. La alarma final es esperada de un momento a otro. Se ve que ya tienen todo dispuesto en los refugios para ellos porque bajaron la temperatura unos seis grados en los últimos días. A este paso no sé si nos queda una semana.

—¿Vos qué opinás, Marcelo M? —preguntó Eduardo E desde la cama.

—Lo mismo que Felipe F. Y más si queremos que el señor Abelardo A pague de alguna manera lo que hizo. En cualquier momento desaparece para siempre. Por ahora sabemos que está en su casa y en su trabajo porque lo vigilamos pero no sabemos cuándo va a abandonar todo. Seguramente muchos de los elegidos estarán ya en los refugios. Tal vez el señor Abelardo A sea de los últimos en encerrarse pero tal vez no. Hay que actuar.

El enfermo estuvo de acuerdo.

—Creo que lo primero que hay que hacer es informarle al señor Abelardo A que Eduardo E y Rogelio R no estaban solos y que si nos mató a nosotros hay otros que pueden significar un cierto peligro sino para el Plan, al menos para él.

—Eso puede ser útil —dijo Sixto S—. Presionado, tal vez cometa algún error que nos sirva a nosotros.

—Sí —volvió a hablar Eduardo E—, y creo, que yo ya sé en qué se puede equivocar. No sé, me parece que empiezo a entender cómo funciona su mente. Por más que esté seguro de que al Plan a esta altura no lo vamos a detener, querrá que sus jefes no sepan que habló de más. Está bien, nosotros no podemos salir a decir que hay un proyecto de homicidio masivo porque nadie le creería a un grupo de muchachos que lo único que han hecho hasta ahora es cazar unas cuantas ratas pero al señor Abelardo A todavía podemos arruinarle algunas cosas. Ah, y hablando de eso, ¿cómo anda el asunto de la cacería?

Contestó Marcelo M.

—Mal. Los coordinadores casi no existen y nadie controla mucho si las brigadas se forman o no. Algunos cazamos a veces y a veces no, otros no aparecen nunca y ya los controladores ni van a averiguar como al principio. Las ratas son cada vez más. Es como si supieran que van a heredar la Tierra, aunque sea por unas horas, hasta que el frío las elimine también a ellas.

—Bueno —dijo Felipe F—, creo que tengo la forma de empezar a preocupar al señor Abelardo A. Me parece que pintarle algo en el frente de su casa lo va a poner a pensar. Va a ser como si le tiraran una piedra en la cabeza y no va a saber de dónde vino.

—¿Y qué te parece que podemos escribirle? —quiso saber Marcelo M.

—Algo simple y claro. Un mensaje que entienda. Pero que a la vez sea solamente para él. Pensaba en ponerle “Rogelio R”.

—Está bien —aprobó Eduardo E—. Me gusta. Va a ser por un lado un homenaje a Rogelio R y a la vez lo va a llenar de dudas al señor Abelardo A. Se va a preguntar por qué la pintada y por qué un solo nombre y no dos.

Mónica M agregó otra idea.

—Y después le mandamos lo mismo a través de la pantalla. Va a sentir que alguien lo está rodeando.

Eduardo E no quiso seguir esperando.

—Listo. Si todos estamos de acuerdo, ayúdenme a levantarme que voy a hacer mis ejercicios. Mañana volvemos a la ciudad.

***

No muy lejos de allí, Fabricius también había tomado una decisión. “Parece que el señor Abelardo A va a tener una sorpresa desagradable. Tal vez los chicos también. ¿Pero qué será eso del Santuario?”.

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Así que esto es meterse dentro de un cubo. Pero ¿cómo entré aquí? Si no puedo salir para ningún lado ni mirar para afuera porque ni ventanas existen. Tampoco hay puerta ni nada parecido. No sé cómo llegué y no sé cómo irme. ¿Habré nacido aquí y nunca me di cuenta? No creo porque me acuerdo cuando miraba para el cielo y jugaba con mis amigos a encontrar galaxias en retroceso. Se ve que al menos durante un tiempo estuve afuera. Desde aquí no se puede jugar a ver galaxias en retroceso y además no veo a ningún amigo. ¿O habré soñado todo eso y ahora estoy viviendo de verdad? No es que esté mal del todo esto del cubo. Es decir, si tuviera al menos una ventanita me sentiría bien. Podría mirar para afuera y jugar a las galaxias en retroceso. Claro que no habría compañeros para ver quién gana o quién pierde pero eso también tiene su lado lindo. Hago que gano siempre yo y listo. Ya sé. Voy a mirar al techo del cubo y a imaginar que allá están las galaxias y las estrellas y el Sol chiquito chiquito. Aquella galaxia está azul. Azul como algunas partes del hielo está y entonces gané y perdiste. El Sol es apenas un puntito amarillo en este hermoso techo lleno de estrellas. Pero yo gané y gané muy bien porque soy el mejor de todos los que están aquí. Yo soy el mejor y este cubo está bárbaro y el techocielo es hermoso y si lloro es de alegría, ¿entendiste, yo?

ROGELIO R

A la mañana siguiente, todavía oscuro, Eduardo E se levantó más temprano que el ya mínimo Sol que adornaba el cielo cada vez más gris. A esa altura del frío, las camperas térmicas empezaban a ser insuficientes y esto era novedoso para Eduardo E y para todos. En la ciudad las cosas se ponían fuera de control y Eduardo E pensó que los sectarios del Santuario tenían derecho a juntarse con los que ellos quisieran para vivir sus despedidas.

Juntó a todos los suyos y les habló.

—Es hora de ir hacia la ciudad. Tal vez sea la última vez que nos traslademos de un lugar a otro. Tenemos que arreglar algunas cuentas con el señor Abelardo A y tenemos que terminar de armar los detalles finales del Santuario. Pero antes de todo eso tenemos que elegir a los cuatro que van a acompañar a 82 y 17. Ahora que sabemos que esta mentira del frío se va a acabar en pocos años, seguir vivos es más que un proyecto desesperado. Los seis que se encierren con la Piedra van a volver a ver el Sol a pleno. Pero también van a estar allí para pedirles explicaciones a los que provocaron la muerte de todo lo que amamos. Muchos nacerán en los refugios. Cuando salgan serán jóvenes y no les va a gustar enterarse de que sus padres planearon la desaparición de toda la raza humana. A ellos, los sobrevivientes del Santuario tienen que contarles toda la verdad. Vamos a poner los nombres de los varones en una bolsa.

Uno a uno fueron entregando su papelito. Eduardo E, Marcelo M, Sixto S, Javier J, Felipe F, Aurelio A y Bernardo B ocuparon su sitio en el azar. Eduardo E metió la mano y dijo con voz fría su propio nombre. El siguiente fue el de Marcelo M. Eduardo E propuso elegir un tercero por si el ajuste de cuentas

con el señor Abelardo A no salía como lo habían planeado. Le tocó a Javier J. Era el turno de las mujeres.

—Yo no quiero entrar —dijo Silvia S—. Prefiero quedarme con el frío, cerca de él.

Nadie discutió su decisión. Hacía rato que se sabían hacedores de sus días, por cortos o largos que fueran. Tres nombres solamente entraron a la bolsa: Susana S, Mónica M y Graciela G. Susana S y Mónica M se quedarían dentro del Santuario cuando se cerrara la puerta.

—Bueno —volvió a hablar Eduardo E—. Ya sabemos quiénes vamos a volver al aire libre dentro de unos años para amargarles la felicidad a los sobrevivientes que planearon este crimen. Ahora vayamos a la ciudad que tenemos varias cosas que hacer todavía.

Fueron. Las calles que ocupaban las primeras casas eran la exacta pintura del Apocalipsis que se acercaba. Ratas por todos lados y gente que salía para caminar sin rumbo fijo, gente llena de soledad que tal vez por primera vez se daba cuenta de que estaba sola, gente llena de alegría que se lamentaba por la muerte de la propia risa, parejas que empezaban desde esas horas finales a sufrir la ausencia del otro, a vivir una muerte tan llena de separación. Y las ratas, claro. Que se habían dado cuenta de la debilidad de los hombres y que dominaban todo como una gigantesca reina gris de un millón de cabezas. Pero por el momento no eran violentas. Se limitaban a recorrer sus recién conquistados territorios como si supieran que era inútil atacar a esa raza de condenados de dos piernas que corrían entre ellas sin sentido. Por allí pasaron los muchachos en busca de la casa del señor Abelardo A. Por allí corrieron los conjurados de la Piedra con su plan de venganza. Pero lo que encontraron no fue una pared

blanca e intacta. Encontraron una pared blanca que enfrentaba la puerta del señor Abelardo A y que en su exacto medio decía con letra clara, “Rogelio R”. Y encontraron una firma, que decía “Fabricius”. Y encontraron a un hombre grande, vestido de blanco y un ridículo aparato sobre los hombros que parecía una vieja cámara de video y que los saludó con una sonrisa amistosa.

—Hola. Soy Fabricius —les dijo.

ELLA

Allí estaba tu nombre, amor, escrito por manos que nunca te conocieron, por manos que ignoraban las tuyas, por manos que eran de un cuerpo al que nunca abrazaste, al que nunca tocaste. Y pensé en algo parecido a un insulto. No me gustó que tu nombre hubiera estado en manos tan ajenas a vos, tan ajenas a mí, tan ajenas a nosotros. Pero a la vez hubo algo que sí me pareció lindo. Tuve la sensación de que tu nombre empezaba a volar solo, que ya no nos necesitaba. Por primera vez tu nombre salía de nosotros y allí estaba para golpear a tu asesino. Está bien, es una forma de seguir perdiéndote, pero esta nieve cruel me ha quitado tantas cosas que quedarme sin tu nombre es apenas quedarme sin tu nombre.

ÉL

Allí estaba tu nombre, querido loco, y un hombre que lo había escrito para demostrarnos que sabía. Supe enseguida que tendríamos que hablar con él y no me importó. A esa altura yo ya estaba seguro de que el destino de ese nombre escrito en la pared y el destino de mi nombre escrito en el aire eran uno solo. Es más, si querés que sea del todo sincero tengo que decirte que sentí algo como una envidia cuando vi solamente tu nombre escrito arriba del hombre que sabía.

EL SEÑOR ABELARDO A

—Y eso es todo —terminó Fabricius—. Yo soy una especie de inventor solitario que descubrió esta forma de meterse en la vida de los demás sin correr ningún riesgo de ser descubierto y que espía a los yalawohe desde hace varios meses. Espiándolos a ellos los encontré a ustedes, al Plan, al señor Abelardo A y al Santuario, que ahora sé que es una especie de lugar donde se puede sobrevivir a este frío que nos va a matar en unas horas. Creo que podemos sernos mutuamente útiles.

—¿De qué manera? —quiso saber Felipe F.

—Mi mecanismo de control puede ayudarlos en su plan de venganza. Con él pueden conocer exactamente cada movimiento del señor Abelardo A sin que él tenga la menor idea de que está siendo vigilado. Así, él no tendría prácticamente forma de escapar de ustedes.

—Y a cambio, ¿qué deberíamos darle? —preguntó Eduardo E.

—Un lugar en el Santuario, claro. La idea de terminar mis días hecho un pedazo de hielo me parece francamente horrible. Yo los ayudo, ustedes me ayudan.

—¿Qué nos impediría matarlo entre todos y quedarnos con el equipo de control?

—Nada, salvo que eso los pondría en el mismo lugar que su odiado señor Abelardo A. Quién sabe si Rogelio R estaría de acuerdo con ese plan.

—Si ya sabe todo —lo interrumpió Marcelo M—, sabrá que el Santuario es un lugar muy pequeño, que ya tiene a seis habitantes. No es infinito.

—No lo sabía aunque lo supuse por la elección que tuvieron que hacer. Pero ustedes ya resolvieron que serán cuatro los que se encierren. Yo les estoy imponiendo mi presencia. A mi equipo lo van a tener solamente con mi colaboración o con mi muerte. Les toca decidir. Para mí, morir hoy o mañana es lo mismo. Esta es mi propuesta. Ahora la palabra la tienen ustedes.

A una seña de Eduardo E varios yalawohe rodearon a Fabricius. El señor Abelardo A podía llegar a su casa en cualquier momento y había que actuar rápido. Se alejó con los otros miembros del grupo del Santuario y con 17 y 82. Hablaron poco y volvieron junto a Fabricius. Eduardo E le comunicó lo que habían resuelto.

—Está bien. Entrará con nosotros a la cueva. Pero si por algún motivo hay que desprenderse de alguien, usted va a ser el primero, ¿está claro?

—Clarísimo. No voy a armar un escándalo allá adentro si tienen que tirarme antes de tiempo a los sólidos degradantes. Antes que nada soy un tipo fino. Ahora les voy a mostrar cómo funciona esta cosa para que la puedan operar sin mí.

Y les explicó uno a uno todos los secretos del mecanismo de vigilancia. A Eduardo E no le caía del todo mal ese supermirón que les había caído de regalo en el último instante, cuando ya se habían quedado sin capacidad de asombro. La clase terminó a tiempo. Los yalawohe que custodiaban los accesos a la casa informaban que el señor Abelardo A se acercaba cantando y pateando ratas por una de las calles laterales.

***

El señor Abelardo A no llegó a la puerta. Apenas desembocó en la calle enfrentó la pared y enfrentó el nombre y se dio cuenta del peligro. Eduardo E controlaba el mecanismo de vigilancia y de golpe sintió la extraña sensación de estar adentro mismo del pensamiento del señor Abelardo A. El sistema permitía acercamientos visuales y auditivos que limitaban con el milagro. El señor Abelardo A, con su ceja derecha levemente caída en relación con la izquierda, miró para todos lados antes de poner su mano derecha con la uña del dedo meñique algo sucia sobre la cerradura digital. La puerta se abrió con un ruido seco y entonces el señor Abelardo A entró a una especie de museo de plantas. “Allí adentro hay calefacción”, pensó Eduardo E mientras se preguntaba de paso cómo demonios hacía el aparato de Fabricius para seguir al señor Abelardo A por adentro de la casa. Si todo lo que habían planeado con Mónica M funcionaba como correspondía, en ese momento la pantalla principal de la casa debía encenderse. Sí, se encendió. Lo siguiente era que apareciera una R grande y clara sobre el costado izquierdo. Allí. Correcto. Todo estaba saliendo bien. Ahora la O. Exacto. El señor Abelardo A estaba petrificado en el salón central en camisa, “sí, hay calefacción”, cuando apareció la G empezó a transpirar, con la E se fue corriendo a su guardarropa. Ya vestido, cuando vio la L y la I lanzó el peor insulto que conocía y “no, no, no, esas cosas no se dicen en público”, cuando leyó la O había tomado una decisión pero cometió el error de susurrarla. Para la segunda R, Eduardo E ya conocía los próximos pasos del señor Abelardo A y ahora también conocía su propio destino, que era como un dolor y una angustia en el estómago. Pensó entonces que por sentir dolores así lo habían elegido jefe y por sentir penas como esa lo había elegido Susana S.

***

—Llevátelos, hermano. Guialos bien hasta el Santuario. Yo tengo que hacer algo antes de ir con ustedes.

Marcelo M escuchó la frase de Eduardo E y se dio cuenta de que escondía más que la suma de los significados de cada una de las palabras. Sintió un abismo de frío y soledad, pero no lo dijo.

—¿Qué le digo a Susana S? Va a preguntar. Acordate que íbamos a ir los dos.

A Eduardo E le pareció una tontería seguir engañando a su amigo. El tiempo no jugaba a favor de las mentiras piadosas.

—Decile hasta último momento que yo voy a llegar. Después, que entre Javier J y cierren la puerta.

—¿Y vos?

—Yo voy a estar bien. Me voy a ir al campamento de los yalawohe. No quiero quedarme a ver la caída de la ciudad.

—Vas a estar solo. Ellos quieren quedarse aquí. Dicen que es una forma de recuperar lo que les pertenece.

—Mejor. Sabés que nunca me gustó mucho el ruido.

Se miraron por unos largos segundos. Marcelo M pensó que en esa mirada se le iba buena parte de la vida que le quedaba y que esos ojos pasaban, a partir de ese momento, a formar parte de su memoria. Tuvo la seguridad de que si lo abrazaba no iba a poder despegarse, así que resolvió dar media vuelta y alejarse.

Cuando llegó hasta donde lo esperaban sus amigos y los yalawohe, lo recibieron con un gesto de duda. Susana S le puso palabras al gesto.

—¿Y Eduardo E?

—Dice que se va a encargar él. Que nosotros vayamos y que después se nos une en el Santuario. Traté de convencerlo pero no quiso. Vos sabés cómo es cuando se le mete algo en la cabeza.

—Pero no podemos dejarlo así. Yo voy con él.

Marcelo M la atajó en seco.

—No, Susana S. No tengo la menor idea de cuáles sean sus planes y no es momento de andar desperdigándonos por allí. Eso puede terminar con todos nuestros proyectos y ese sería el mayor triunfo del señor Abelardo A.

Susana S dejó de forcejear y se acercó a Silvia S, que la abrazó como queriendo limpiarla de desconfianza. Marcelo M volvió a hablar.

—Nuestra idea era que ahora cada uno de nosotros ocupara un tiempo en despedirse de los que ama pero parece que el tiempo nos corre. El gobierno anunció un mensaje para dentro de una hora y allí se dará seguramente la alarma final. Eso nos deja los minutos justos para llegar al Santuario y preparar todo para cerrarlo. Nos quedaremos sin despedida.

Y empezaron a caminar, cada uno pensando en alguien que se quedaba con un adiós de menos.

ELLA

Papá, no vas a recibir esto porque el frío nos está ganando la partida y nos va a separar para siempre pero quería decirte que si algo lamento es no haber tenido tiempo para decirte esta tarde que si algo lamento es no haber tenido tiempo. Y no es un juego de palabras. Cuando yo era chiquita y el hielo todavía no había llegado me gustaba mirarte desde abajo y pensar que era bárbaro que fuera mi papá alguien tan terriblemente enorme. Bárbaro y casi imprescindible. Lo que pasa es que crecí y seguiste siendo terriblemente enorme y entonces no sé si fue tan bárbaro. Y para colmo se nos vino el frío y ya no pudimos sentarnos a explicarnos, a que me contaras cómo era eso de ser siempre así de grandote, a que me escucharas para que al menos supieras qué sentíamos nosotras las chiquitas. Y ahora se acabó el reloj. En menos de una hora el gobierno va a anunciar que chiquitos y grandotes ya no vamos a ver cómo amanece mañana. Y no me gusta. Sobre todo no me gusta que no estés aquí conmigo para que yo pueda acurrucarme adentro tuyo y que me digas que es todo una gran mentira, que el Sol sigue tan tibio como siempre y que yo te amo papá, te amo y este puto frío que no me dejó decírtelo.

ÉL

Mamá, voy a ser cortito porque sabés que nunca se me dio bien eso de hablar y de decir las cosas y todo el lío de las palabras. Pero parece que aquí se termina el hilo y ni siquiera puedo correr hasta casa para contarte esto. Así que me lo cuento yo y listo, hacé como si lo supieras. Una vez me mandé una flor de macana, de esas que hacen que ustedes los adultos se pregunten si estuvieron bien en traernos al mundo (a propósito, ¿estuvieron bien?) y entonces yo pensé que se me venía encima un infierno con el castigo tuyo que yo imaginé como para hacerme temblar. Pero no hubo castigo. Y me diste un beso cuando me descubriste aterrorizado en mi escondite. Vas a irte sin saber cuánto me gustó esa historia y yo no tengo tiempo de ir hasta casa pero si lo tuviera entraría corriendo, te arrancaría de lo que estuvieras haciendo y me escondería en el mismo lugar para que volvieras a encontrarme.

EDUARDO E

El señor Abelardo A empujó con cuidado la puerta del departamento y entró con más cuidado todavía. Adentro, el hielo ya había empezado a ganar las cosas. Sin calefacción, la escarcha se había ido acumulando sobre el equipo de video, el sofá.

Se agachó para examinar el piso buscando algo, algún indicio que le explicara lo que había pasado allí desde su salida. En el equipo no estaba el disco con su mensaje. No le gustó la novedad.

—¿Buscaba esto, señor Abelardo A? —preguntó una voz a su espalda con un microdisco en la mano. Pero no se dio vuelta.

—No especialmente. Buscaba cualquier cosa que me sirviera para entender. Supongo que el nombre en mi pared y en mi pantalla quiere decir que el otro muchacho no aguantó el frío, que vos, vaya a saber cómo, sí y que ahora estás lleno de odio y probablemente armado.

—Como siempre, sabe leer en el alma de los demás con la misma claridad que el nombre de mi amigo en la pared. Lo estaba esperando.

—No te voy a preguntar cómo hiciste para saber que yo vendría. Voy a considerarlo un éxito de tu inteligencia. Pero también eso es un elogio para mí. Demuestra que no me equivoqué cuando te conocí. Lo que sí voy a preguntarte es qué pensás hacer con esa arma.

—¿Qué le parece matarlo?

—Una simpleza. Indigna de vos. Te sugiero un plan mejor. Te propongo que me acompañes apuntándome hasta el refugio y que yo allí te haga entrar como un invitado de último momento. Tengo poder para hacerlo y uno más no va a significar nada. El refugio es inmenso. Es más, podés venir con cuatro o cinco amigos tuyos para que no te sientas tanto un traidor.

—Un plan delicioso. ¿Y qué hacemos con Rogelio R?

—Podemos intentar olvidarlo.

—A usted no le va a costar mucho. A mí sí. Y conozco a una muchacha a la que le va a costar todavía más. Suponiendo que yo prometa no matarlo en el gran refugio ese que me propone, no puedo poner las manos en el fuego por ella.

—Y me imagino que ella no puede ser una de las que se quede, ¿no?

—Se imagina bien. Así que eso nos pone otra vez en el punto de partida. Aquí estamos los dos y yo tengo un arma y usted está perdiendo la oportunidad de llegar al refugio antes de que lo cierren.

—Eso me recuerda que tengo una cita. Bueno, esto es lo que voy a hacer. Me voy a ir caminando lentamente hasta la puerta y voy a salir de aquí. Así que si querés detenerme vas a tener que matarme. Pero no creo que hagas eso. Yo lo haría, claro. Pero vos no sos yo. Adiós. Que tengas un rápido final en el frío.

Y empezó a caminar con calma hacia la puerta. Estaba tan preocupado en mostrar serenidad que no pudo oír la frase de Eduardo E, dicha casi como en un secreto para sí mismo.

—No, yo no soy como usted. Pero hay tantas sorpresas en estos tiempos extraños.

Y disparó.

***

Susana S miró a Marcelo M y vio la verdad en los ojos del amigo que la evitaban. Examinó su alrededor y se sintió satisfecha. El Santuario estaba listo para recibir a sus viajeros del Tiempo. Ella se debía una charla con Marcelo M y no quiso postergarla. Los demás vieron cómo se alejaban varios metros de la entrada de la cueva. Vieron los gestos de Marcelo M, la postura tranquila de Susana S. Vieron un diálogo corto y vieron el regreso de los dos con algo como alegría en la cara.

—Muchachos, 17, 82, Fabricius. Tenemos que hablarles.

***

El campamento de los yalawohe era un gran desierto blanco, no muy distinto del paisaje que lo rodeaba. Apenas las carpas y varias piedras que servían de asiento indicaban que allí se podía hacer algo más que caminar entre la nada. Eduardo E llegó con el cuerpo sobre sus hombros y lo acomodó en el piso, con la espalda apoyada en una gran roca ovalada. Después se sentó a un costado y miró la cosa floja que era el señor Abelardo A. “¿Y para esto hizo todo lo que hizo, para terminar de la misma forma estúpida que los que resolvió matar?”, se preguntó. Sin dejar de mirar el cuerpo del gran enemigo que tenía enfrente, metió la mano en el bolsillo y sacó un chocolate. Lo mordió con cuidado, teniendo la precaución de que cada pedazo le llenara la boca y el cuerpo de sabor. La luz del día era cada vez más una suave penumbra, pero los ojos de Eduardo E ya conocían de sobra esa rutina de adivinar los cuerpos en los contornos. Era la hora que había anunciado el gobierno para su mensaje final. Eduardo E prendió el receptor. Las primeras voces roncas del aparato se

confundieron con la voz avejentada del señor Abelardo A que regresaba al mundo de los vivos.

—¿Dónde estoy? Me duele todo el cuerpo.

—Sí. Esas pistolas atontadoras son muy efectivas. No podría caminar ni tres pasos en ese estado. Pero por si acaso no lo intente. Tiene los pies y las manos atados.

—Muy precavido —dijo el señor Abelardo A—. Y buena esa idea de usar una pistola atontadora. Te salvó de la culpa. Va a ser el frío que yo ayudé a crear y no tu disparo el que me mate.

—Adelante, señor Abelardo A. No se calle nada. Estamos los dos solos. Vamos a terminar aquí y me agrada que lo único que le quede sea el cinismo. Pero igual limite sus frases imbéciles al mínimo indispensable y déjeme comer el chocolate tranquilo. Ah, y ahora cállese que van a declarar la alarma final.

—Está grabado. Ya deben estar todos en los refugios.

—No sé por qué no me sorprende. Bueno, al menos nos van a decir cuánto nos queda para nuestra amable charla.

Alguien en el receptor informaba que les hablaría a todos los habitantes el jefe del gobierno. Hubo una especie de titubeo en el aparato y después hubo solo la voz que anunciaba el epílogo de una estirpe.

“Hermanos, desde hace meses nos hemos venido preparando para este momento, de modo que no debe sorprendernos. Pero no por eso deja de dolerme infinitamente anunciar que nuestros científicos me han asegurado que se acerca rápidamente lo que tanto temíamos. En las próximas seis horas la temperatura descenderá en forma exponencial y terminará con toda forma de vida en el planeta. Hemos sido felices

en esta gran casa, hemos sido los hacedores de una gran historia. Seamos dignos de esa historia en el final. No quiero hacer un discurso en este momento porque yo también quiero compartir este instante con los que amo. Los abrazo y me despido con todo el amor del que soy capaz”.

El receptor volvió a titubear pero ya no se escuchó ninguna voz que dijera nada. Solo quedó música cortando el aire, que las máquinas se encargarían de transmitir hasta varios días después que no hubiera oídos que la escucharan. A Eduardo E le gustó esa idea de esperar oyendo música. Bajó el volumen y se acomodó, disfrutando de la melodía, sobre su piedra cada vez más helada.

—Así que seis horas. No son lo que se dice generosos sus hombres, señor Abelardo A.

—No tiene sentido serlo. Las grandes soluciones suelen ser más bien egoístas.

—Como este frío que inventaron. Qué injusto, ¿no? Yo, que lo único que quería en los últimos tiempos era estar con Susana S y mirarle la espalda todo el tiempo, tengo que terminar estando con usted y mirando la cara que más odio. Pero me alegra por Rogelio R.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—No sé, señor Abelardo A. Yo soy apenas un muchacho lleno de miedo que no está con la chica que ama en el momento más importante de su vida, que lamenta que ella no esté para que viera que no lloro o que lloro pensando en ella, que para mí es bastante parecido. Yo no sé leer en el alma de los demás como usted y tampoco sé leer en la mía. Pero por algún motivo, estar con usted, los dos solos, en este lugar tan frío y tan blanco me

recuerda a Rogelio R. Si él estuviera aquí y si Susana S estuviera aquí sería casi feliz.

Por un instante se callaron. El señor Abelardo A había estado haciendo esfuerzos para desatarse hasta que se había convencido de que Eduardo E sabía hacer nudos. Ahora miraba el piso y pensaba en el error que había cometido aquella mañana en el bar, cuando se acercó a conversar con un chico que le pareció útil para sumar al proyecto. Cuando descubrió que podría ser potencialmente peligroso cometió el segundo error: creerse a salvo y contarle del Plan. “Demasiadas fallas. Merezco estar aquí atado esperando convertirme en estatua”, se dijo. “Me pregunto qué dirán dentro de unos años cuando encuentren mi cuerpo atado junto a un muchachito armado”.

Eduardo E también usó el silencio. Miraba las carpas de los yalawohe y pensaba que hacía no mucho ella había caminado por allí. Lo sacó de esa imagen la voz del señor Abelardo A.

—Esto sí que es inesperado. Tenemos visitas.

Eduardo E giró la cabeza y comprobó que el señor Abelardo A no mentía. Por el sendero de la ciudad se acercaba un grupo de gente. Venían tan tapados que era imposible reconocerlos. Pero venían. Eduardo E destrabó el arma atontadora y apuntó.

ELLA

Me dio risa que me apuntaras, que nos pidieras nuestros nombres. A mí, que lo único que quería era dejar de ser yo para perderme en tu memoria. Pero ya está. Estamos juntos y el tiempo puede hacer su voluntad a gusto. No será esta esperanza que soy de golpe la que lo contradiga. Pero, ¿cómo puede una, con este viento que taladra todo, estar tan inundada de calor?

ÉL

No supe verte. Eso me demuestra que todavía me falta mucho para merecer tu compañía. Pero no importa. Ahora que podemos rozarnos sobre nuestras ropas inútiles no importa nada. Y digo yo, ¿cómo puede uno, con este viento que taladra todo, estar tan inundado de calor?

Y ESTOS ERAN NUESTROS SUEÑOS

Hoy no soñé. Es decir, hoy no pude dormir. Y claro, no pude soñar. O mejor dicho, sí, estuve despierto. Pero por un ratito, por un ratito apenas, por algo más que un segundo, soñé que dormía. No sé si alguna vez se los dije, pero cuando duermo no tengo miedo.

SUSANA S

—Cuando tuve la certeza de que no ibas a venir —le contó Susana S a Eduardo E— hablé con Marcelo M y le propuse esto. En realidad lo primero que le pedí fue que me dijera dónde estabas para encontrarte. Pero él resolvió seguirme y ninguno de los otros quiso entrar si no llegabas. Dijeron que quedarse también era una forma de acusar a sus asesinos, que no todas las palabras tienen que ser dichas con la boca. Entonces decidieron dejarles sus lugares a cuatro yalawohe que se eligieron allí mismo y que entraron con 17, 82 y Fabricius. Van a usar el dispositivo de espía para saber cuándo salir y para vigilar lo que pase en los refugios grandes. Ellos van a contar la historia de Rogelio R. Ellos van a ser nuestra memoria. Cerramos la puerta desde afuera y empezamos a caminar hacia aquí para hacerte compañía. No es bueno estar solo con este clima.

Eduardo E sintió cuando la atrajo a su cuerpo que le nacían brazos para rodearla, que ahora sí era inmortal y que esa espalda tan deseada que ahora acariciaba era el mejor destino que el tiempo le pudo haber regalado. Silvia S no separaba un segundo la vista del señor Abelardo A, pero el frío era tan absoluto que hasta el rencor dolía. Además, ese cuerpo tan lleno de temor ya no era un enemigo. El disparo atontador y el aire cada vez más intolerable lo habían debilitado y lo habían sumergido en una especie de sueño idiota. Los minutos siguieron pasando con la música suave del receptor como fondo. Felipe F tocó el hombro del señor Abelardo A para darle un trozo de pan.

—¿Qué —pudo decir despertando de golpe—, ya es hora?

Nadie le respondió. Silvia S empezó a silbar despacito, con los ojos clavados en el horizonte blanco y Susana S se pegó

todavía más a Eduardo E. Bernardo B se levantó para apagar el aparato y volvió a sentarse restregándose las manos enguantadas. Sin darse cuenta habían formado un pequeño círculo de once figuras y un recuerdo, que unían sus hombros para darse algo de tibieza.

—Digamos nuestros nombres —propuso Mónica M—. Que no sea la pregunta de este cruel lo último que escuchemos.

—Silvia S —dijo Silvia S.

—Felipe F —dijo Felipe F.

—Susana S —dijo Susana S.

—Javier J —dijo Javier J.

Las voces siguieron, convirtiéndose de a poco en una letanía sin final que partía el ocaso de hielo. En el mundo empezaba a anochecer y el viento era ya un alarido en la cara. Pero ellos estaban juntos y habían aprendido a necesitarse y en ese instante supieron para siempre que esa exigencia del corazón es la mejor arma contra los soles mentirosos.